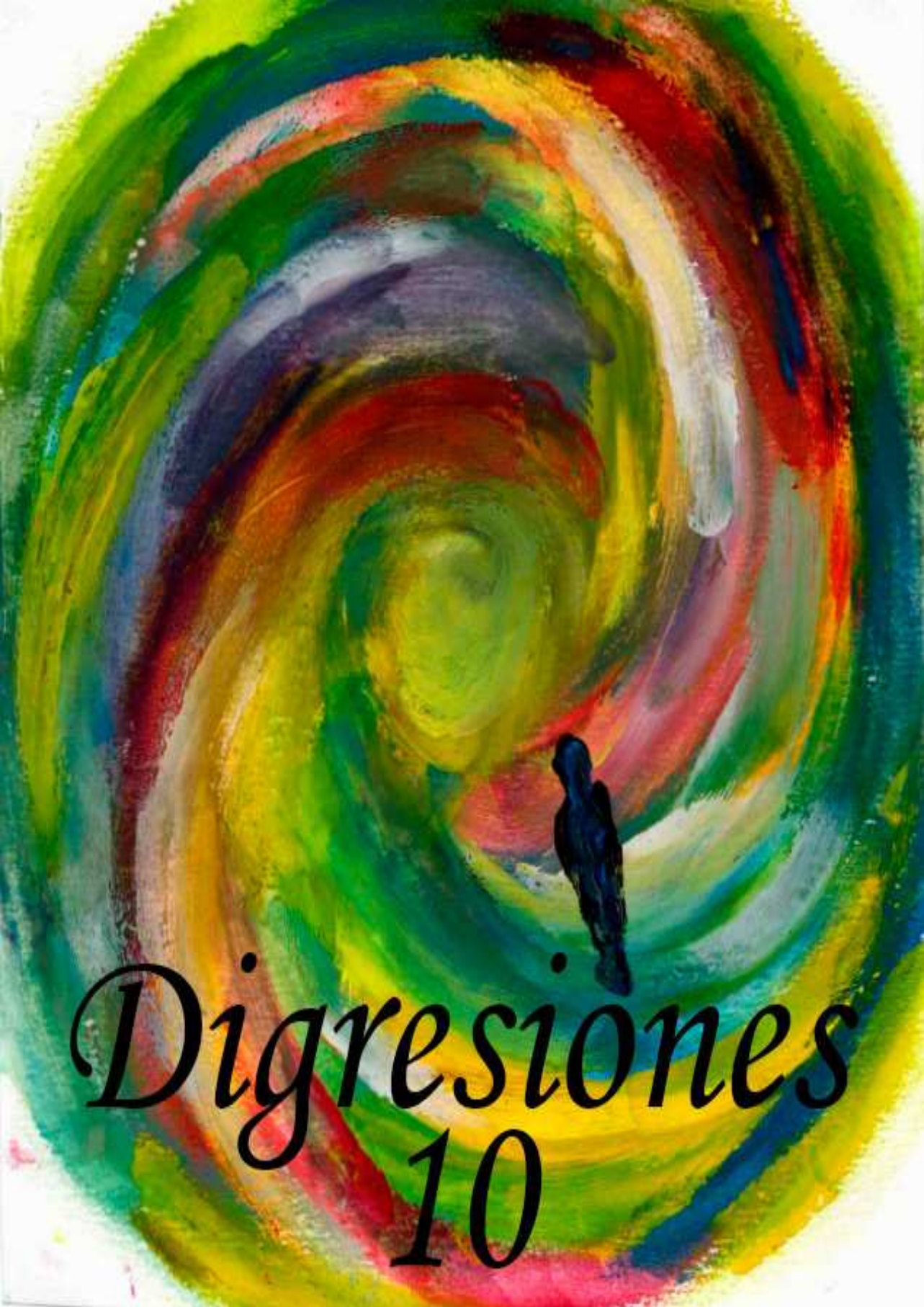

Digresiones
10

DIGRESIONES 10

DIGRESIONES 10

Quito - Ecuador
Marzo, 2021

ISBN: 978-9942-38-893-3

Dirección Editorial:
Fabián Guerrero Obando
Profesor de Escritura Creativa
Facultad de Comunicación Social
Universidad Central del Ecuador

Coordinadoras de este número:
Ivón Batallas
Kimberlly Cueva
Paula Espinosa
María Belén Aldaz

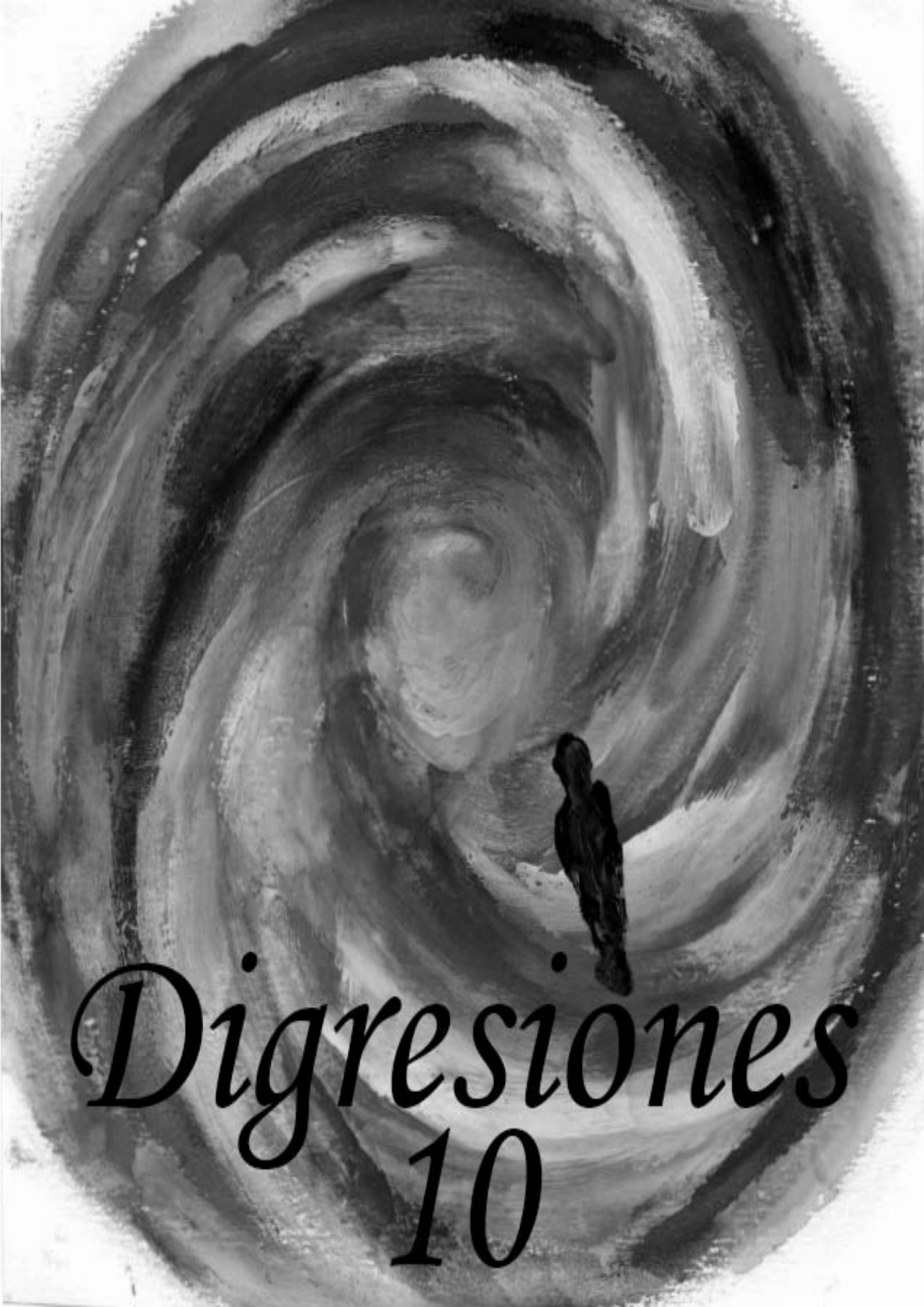
Ilustración de la portada:
Roberto Hidalgo Averos

Ilustraciones interiores:
Anthony Reyes
Valentina Benítez
Jessica Padilla
Raquel Pérez

Diagramación y diseño:
Ivón Batallas
Isabel Bautista
María Belén Aldaz

Fotografías:
Alejandra Pilatasig
Roberto Hidalgo Averos
Cynthia Cabezas
Esteban Pineda
Nathaly Gaibor
Andrea Granda
Josuany Castillo

DIGRESIONES 10



Digresiones 10

MÁS ALLÁ DEL PLAN DE ESTUDIOS

Fabián Guerrero Obando

La presente selección pretende ser amplia. Está formada por textos tan diversos que al parecer el único denominador común es el de los efectos de esta época casi apocalíptica.

Como si los autores de esos textos asumieran que la literatura tiene el penoso deber de decir la verdad. Y que les permitiera decir la suya. Que se puede escribir sobre la vida cotidiana o sobre el pasado o lo que piensan en la intimidad, por ejemplo. Sobre lo que les causa preocupación y miedo o, acaso, de qué forma se sienten humillados por situaciones banales o lo que les hace felices o libres.

Más aún. Se percibe una mirada intensamente actual, sin ser efímera, que permite documentar la mente actual a partir de un lenguaje que capta instantáneas de sentida intimidad.

También hay juegos de palabras, claro. Y lo doméstico y lo cotidiano, el alimento, la noche de las calles y los bohemios estrellados, pero además la rutina del encierro y la distancia.

Por eso, cada uno de los estudiantes se integra de distinto modo en la convulsa contemporaneidad, y esta contemporaneidad tiene un registro amplio como para recibirlos a todos. Aunque algunos desafinan, son muy agudos o muy graves; otros hablan muy bajo y casi se vuelven inaudibles; otros, en cambio, dicen su verdad a voz en cuello. Pero en conjunto componen un coro que inquieta y estimula, en una suerte de unidad de tono, de temas y emoción.

Este número evoca hechos reales que son expresados por personas reales. Se nombran las cosas con boca propia, digamos. Y por eso, suenan y saben y huelen distinto.

Y al conducirnos a ver lo distinto nos recuerdan la energía y la belleza de esas vidas, en lugar de sentir que se abre el suelo bajo nuestros pies. Una suerte de imaginación estructurada que trabaja con los materiales vivenciales y lingüísticos de su contorno.

Eso sería de tener en cuenta en el momento de descifrar los contenidos y las perspectivas de los escritos que llenan las siguientes páginas. No son solo estudiantes con un legajo de policopias o links donde guardan los apuntes de cada asignatura, por la sencilla razón de que ellos son los primeros en advertir que eso sería una castración intelectual.

Son jóvenes que muestran curiosidad por apoderarse del mundo, por conocerlo para dominarlo con ideas. Saben que esa necesidad no puede ser anulada por ese pragmatismo de aprobar a trompicones el plan de estudios, como suele ocurrir. Ellos cuidan su mundo y esa es su forma de cuidarse.

El presente número de Digresiones está más allá de las contingencias. En los textos que lo conforman se nota un esfuerzo por recuperar el espíritu creador, de mantenerlo vivo y permitirle que refleje no solo su época sino también el mundo de sus autores. Tiene que ver con la educación y con el cultivo de una sensibilidad.

Digresiones es un llamado de atención sobre esa enfermedad académica que siempre hemos padecido: el denominado cerebro sistemático siempre intentado devorar al cerebro metafórico. Pero queda la idea y emoción, por ejemplo, echando sobre las grietas del mundo las alucinaciones o la contorsión equilibrada de cada uno de nosotros, como si nos esperásemos a nosotros mismos, que no es sino la necesidad vital de percibir metafóricamente la realidad.

Queda, por el momento, el cimiento y la tormenta de unos textos verdaderos y valiosos.

Esperamos que estimulen los sentidos de quienes los lean.

VIDA

Velas de amor en golfos de ternura
vuela mi pobre corazón al viento
y encuentra, en lo que alcanza, su tormento,
y espera, en lo que no halla, su ventura,

viviendo en esta humana sepultura
engañar el pesar es mi contento,
y este cilicio atroz del pensamiento
no halla un linde entre el genio y la locura.

¡Ay! en la vida ruin que al loco embarga,
y que al cuerdo infeliz de horror consterna,
dulce en el nombre, en realidad amarga,

sólo el dolor con el dolor alterna,
y si al contarla a días es muy larga,
midiéndola por horas es eterna.

Carlos Oñate

MUERTE

Hay pocas muertes enteras.
Los cementerios están llenos de fraudes.
Las calles están llenas de fantasmas.
Hay pocas muertes enteras.

Pero el pájaro sabe en qué rama última se posa
y el árbol sabe dónde termina el pájaro.
Hay pocas muertes enteras.

La muerte es cada vez más insegura.
La muerte es una experiencia de la vida.
Y a veces se necesitan dos vidas
para poder completar una muerte.

Hay pocas muertes enteras.
Las campanas doblan siempre lo mismo.
Pero la realidad ya no ofrece garantías
y no basta vivir para morir.

Carlos Oñate

AMAPOLA

El amanecer es mi sosiego y la noche mi desvelo.
Mientras me encuentro en el aire siento que como un ave vuelo; me gusta crear con los colores la locura y la profundidad de mi mente y explorar tus
estaciones cada vez que estás al frente.

Sueño que despierto con la luz de tu sonrisa y me encuentro entre tus brazos.
Tenía conmigo la flor más bella de mi huerto y la he desenterrado.
Ella se ha marchitado; yo me quedé con su olor en mi mano y ella se quedó con mi
piel en su incisivo tallo.

Desde aquella noche me atormentan las pesadillas; sueño con tus agujeros y a
deshora sale el sol iluminando mi esquina para que tu recuerdo me alegre el día.
El alba me visita y se abren las amapolas; yo bebo el café de tus ojos en los que me
pierdo.
La luna canturrea en el reflejo de mi ventana; yo termino en la puerta de algún bar
bebiendo rojo para recordar tu pelo.

Busco respuestas y me tropiezo.
La nostalgia me persigue y entre piedras preciosas te encuentro.
Sufro locura transitoria y a la razón la dejé en el olvido.
Después de haberte perdido he vuelto a recaer; solo tú puedes rehabilitarme.

Mis tatuajes son historia y mis marcas un arte
¿Y yo?, solo vivo para amarte.
Camino siendo el viento solo para encontrarte
Y rezo para que mis labios consigan suavemente rozarte.

Valentina Benítez

AMOR INOLVIDABLE

Ha pasado mucho tiempo desde que no estás,
aún conservo en mi memoria tus pupilas admirables,
recuerdo el marmoleado de colores reflejados en ellas
y mantengo en mis oídos tu voz dulce y amable.

Me dejaste sola e indefensa para el mundo,
como una pequeña niña que empezaba a recorrer la vida,
hasta ahora me sorprende este daño tan profundo
porque debí saber que, sin ti, estaría perdida.

Te confieso que eres la estrella más brillante en el cielo
todas las noches recuerdo el gran amor que vivimos,
mi cuerpo y mi mente han estado en tremendo desvelo
y suelo imaginar que regresas a mí y juntos huimos.

No es tu culpa que esto haya terminado así,
a la final, no fui lo que buscabas.
En realidad, nada era suficiente para ti,
y que lástima, no era la vida que anhelabas.

Lloré por ese mal momento,
me dejaste a la intemperie, observando un atardecer
y recorrí todas las calles de nuevo
con el afán de encontrarte y quedarnos hasta el amanecer.

Sólo quería apegarme a tu vida otra vez,
ayudarte a olvidar los miedos que tenías
pero siempre pretendías ser fuerte y me tratabas con delicadez,
enseñándome que la vida no es como uno quería.

Una fría mañana de un sábado,
me entregaron una carta de tu parte, me sentí abrumada,
la abrí y entre tantas palabras, decías que me extrañabas tanto,
no pude leer más, las líneas finales contenían tu muerte anunciada.

En ese instante no pude con la aflicción
Quería que en ese momento el mundo se termine,
esperé que muy pronto se calme mi corazón
pero, después de todo ese duelo, me pregunté, ¿Qué prosigue?

Si me había acostumbrado a mirar el alba
entre las líneas de mis ojos arrugados,
despertar entre tu piel, saciada
y quedábamos, de tanto amor, embriagados.

Ahora, que han pasado algunos años,
tu recuerdo todavía me persigue,
ya he superado todo el daño
pero el cariño sigue intacto, aunque otros te olviden.

Lo admito, amé a ese hombre como nadie más pudo,
extraño tanto tenerlo en mis brazos,
pienso en los años dorados que nuestra relación tuvo
y prometo encontrarte en otra vida para unir nuestros pedazos.

Hasta que eso suceda, sé libre de mí,
te agradezco por alojarme con tu delicadez,
me quedo con las cosas buenas que hice por ti
y me despido por última vez.

Marjorie Cabezas

POR ELLA

Ha pasado mucho tiempo
desde tu triste partida.
Tu aroma a flores llega a destiempo
y abre mi herida adolorida.

Recuerdo con mucha tristeza,
todas las historias que me contabas
creía que salían de tu cabeza,
pero eran anécdotas que recordabas
con gran alegría, con gran certeza.

Fuiste fuente de inspiración para muchas,
mujer valiosa como diamante.
Fuiste guerrera en muchas luchas,
mujer llena de cualidades.

Rosario, Charo, Charito
así muchos te llamaban,
desde el más grande al más pequeñito
cuando por la casa, ellos pasaban.

Qué admirable mujer pasó por mi vida
bien recuerdo tus enseñanzas
fuiste mi mejor amiga, mi mayor aliada
verte en mis sueños es mi única esperanza.

Grabada en mi piel te llevo,
sabiduría y conocimiento longevo.
Te convertiste en un ser protector
mi flor de loto, mi flor de amor.

Emprendiste un largo vuelo,
cuando menos me lo esperaba.
Ahora solo me queda mirar al cielo
Y vivir de tu valioso recuerdo.

Cynthia Cabezas

EL MAR

¿Desde cuándo soy espacio estático,
que, sin precedentes, busca paz en el aire reflectante?

Detenido en los ojos de quien me ve,
mis olas son las mismas de hace mil años.

Y quien alguna vez, de mucho que naufragó,
llegó a tocar el cielo con las pupilas
y sostenerse con las manos,
sabe que no hay ayeres, que no hay certezas.

Mis aguas,
en otro espacio del ojo astral,
están siendo nombradas en mapas del siglo XVIII,
y en otro, sublimen la continuidad
del último calamar albino;
un mundo del mar antiguo,
ahora son peces flotando.
Todas, anguilas muriendo.

Tanto que he visto y he sentido,
en contemplación parcelada.

Soy la vida que he visto morir y renacer
en los gránulos de playas tristes,
soy vida muerta.

¿Cómo habría un principio, cómo habría un final?
Todos quienes he sentido,
son solo uno.

Tengo un último espacio,
entre sueños y soles,
en los humanos que están dando su último respiro
a alguna melancolía muerta.

Si supieran,
si sospecharan,
que no hay adioses
que no se borren en ese mismo instante.
Eternos amadores de las huellas sin memoria.

Titilante, una de mis estrellas,
que vio al primer humano,
vuelve a aparecer, y yo,
vuelvo a mecer todo a mi paso.

Carolina Campaña

SOLEDAD

En la lejanía del camino de turbias sombras,
tan distante, tan inherente, te encontré.
Mi fiel compañera de angustias, y penas.
Contigo debo vivir.

Tan cercana a mí, he podido acariciarte,
entre mis sueños más profundos,
Hueles a encierro, melancolía y nostalgia.
Amargo dolor de mi alma.

En silencio, me hundo más en ti,
un campo sin armonía, ni claveles, ni gardenias,
solo un torbellino de hojas muertas.
Hojas muertas que caen sobre mí.

Mis sueños mueren, siempre mueren.
Y solo queda mi tormentosa soledad.
No hay dulces canciones, ni bellos recuerdos.
Solo estás tú.

A ti soledad, que a todos lados te llevo conmigo,
como una sombra me persigues,
A cada paso que doy. Dulce costumbre.
Contigo debo vivir.

Nathaly Gaibor

CERCA DE TI

Ayer en mis sueños te sentí cerca,
tan cerca que la luna y las estrellas se estremecieron celosas.
Sufro el delirio de tu ausencia.
Ausencia de una voz muda,
que retumba en aquel cuarto vacío de recuerdos.
Siento un dolor en mis entrañas.

Estoy somnolienta de deseo imaginando realidades,
realidades que asesinan tu recuerdo.
Un recuerdo de aquel maldito amor efímero,
que destrozaba parte de mi ser,
ya no era la misma de ayer.

Hoy te vas, me dejas, mas no voy a llorar,
tu amor escueto me enseñó a sonreír,
y despierto sin aquel recuerdo del amor que te di.

Esa noche que te fuiste, fue mi muerte,
tu olvido clavó una estaca en mi corazón.
Cual guerra devastó todos los momentos juntos,
tus besos, tus caricias fueron mi bomba de tiempo.
Esa bomba de tiempo de aquel adiós.

Andrea Granda

LA AMARGA SOLEDAD

Yo había pasado momentos felices,
siempre en compañía de alguien;
pero no sabía que la soledad era tan oscura,
abrumadora, pero sobre todo solitaria,
tanto que llega a las entrañas y puede
penetrar hasta el alma.

Desde mi infancia, siempre estaba rodeada
de personas, siempre ayudaba al prójimo,
nunca dejé solo a nadie,
con la esperanza de no perderme
en mi soledad.

Todos mis amigos, familiares y conocidos
me abandonaron y
se convirtieron en extraños,
tanto que la soledad era
mi mayor descanso.

Hay cosas peores que
estar sola,
pero toma mucho tiempo
darse cuenta que la soledad
solo es un amargo sentir.

Donde el camino es agreste,
placentera la espera,
pero más dulce la costumbre
de vivir en las tinieblas.

En momentos de soledad
una lágrima, una sonrisa, una palabra
se convierten en una medicina,
para el alma.

Mientras más te golpea
la soledad, más te acostumbras
a vivir con ella, sea quien seas
no escapas de ella.

Te enseña que la única y
fiel compañera de vida,
es la amarga soledad.

Gisela Guamán

DELIRIOS

"Soy un recordatorio de las esperanzas perdidas y la amargura que la vida puede proporcionar de modo tan inesperado"
John Katzenbach
La historia del loco

Me encuentro en un turbio mar oscuro, deambulando.
Pasan los días, las noches y resuena el silencio en el mar.
Intento avanzar, pero no existe un rumbo.
Se esconde el horizonte en estas aguas errantes,
que me condenan a tormentas y melancolía.

Mi mente se quebranta, con recuerdos que acuden impetuosos.
Navego con penas y pesares en el inmenso azul que me devora.
Turbulento, desafiante, las olas me envuelven, me atrapan
y todo se vuelve incierto. La realidad es confusa, se desmorona.
Las lóbregas aguas esconden fantasmas de ausencias que
un día juré olvidaría.

La nostalgia me invade, la brisa vuelve a susurrar tu nombre.
Las olas simulan tus caricias en mi piel, siento tu presencia,
me dejo llevar por ella, pero las olas se vuelven grises y
despierto de mi delirio recordando que en el naufragio fuiste tú
quien lanzó mi alma al vacío y ahí está de nuevo el tempestuoso
mar, del que con premura quiero escapar.

El paso del tiempo me atraviesa con su puñal, deteniéndome,
recordándome que estoy varada, sucumbiendo, alucinando.
En este mar siniestro del que solo quiero desaparecer.
Cada día es más largo y la soledad hace eco en mi cabeza.
No hay consuelo, no hay amor, solo un grito en el vacío.

Dentro de estas aguas me quedaré y en ellas pereceré.
Nadie reclamará esta vida, nadie recordará esta historia.
El olvido me consume con fuerza, nadie viene, no me encuentran.
Ya no espero nada, ya no hay esperanza, solo queda un lamento
y una lágrima confundida en el mar, de un alma perdida a la deriva.

Alison Llumiquinga

CONEXIÓN

La lluvia inunda mis recuerdos,
el olor a tierra me penetra,
el calor se me adhiere en la piel.
Y ahora, ¿A dónde iré?

Con mi vida en una mochila
más lejos quiero llegar.
-¡Adiós papá y mamá!
jamás los voy a olvidar.

El sol nace una vez más,
los trinos de las aves me despiertan
y las hormigas me recorren la piel,
en la Amazonía he vuelto a amanecer.

Pisando huellas de los guardianes de la selva
voy entre gigantes milenarios de madera,
el pasado y el futuro se disipan
en esta efímera existencia.

El aire entra en mis pulmones,
me eleva y me dispersa.
Soy tierra, soy árbol, soy fuego.
Soy agua, soy lluvia, soy viento.

Raquel Pérez

CIUDAD

Esta ciudad tirana,
donde el respeto ya no se usa,
donde la ley todo lo abusa,
donde la muerte adeptos gana.

La impunidad siempre triunfa
y don dinero es quien la auspicia,
se oyen guerras, usual noticia;
el horror, producto urbano.

El diario trajín que tiene la prensa,
habla de heridos, y varios difuntos,
no hay capturas, tampoco presuntos
y si los hay, tendrán su defensa.

Al criminal el juez lo dispensa
y lo libera de estar prisionero,
es por ello que obtiene dinero,
¡es la desgracia! ¡es la vergüenza!

Este mal no cura la ciencia,
ya se incrustó en la zona urbana,
que tristeza la condición humana.

Kevin Pesantez

¿QUÉ ME DICES CORAZÓN?

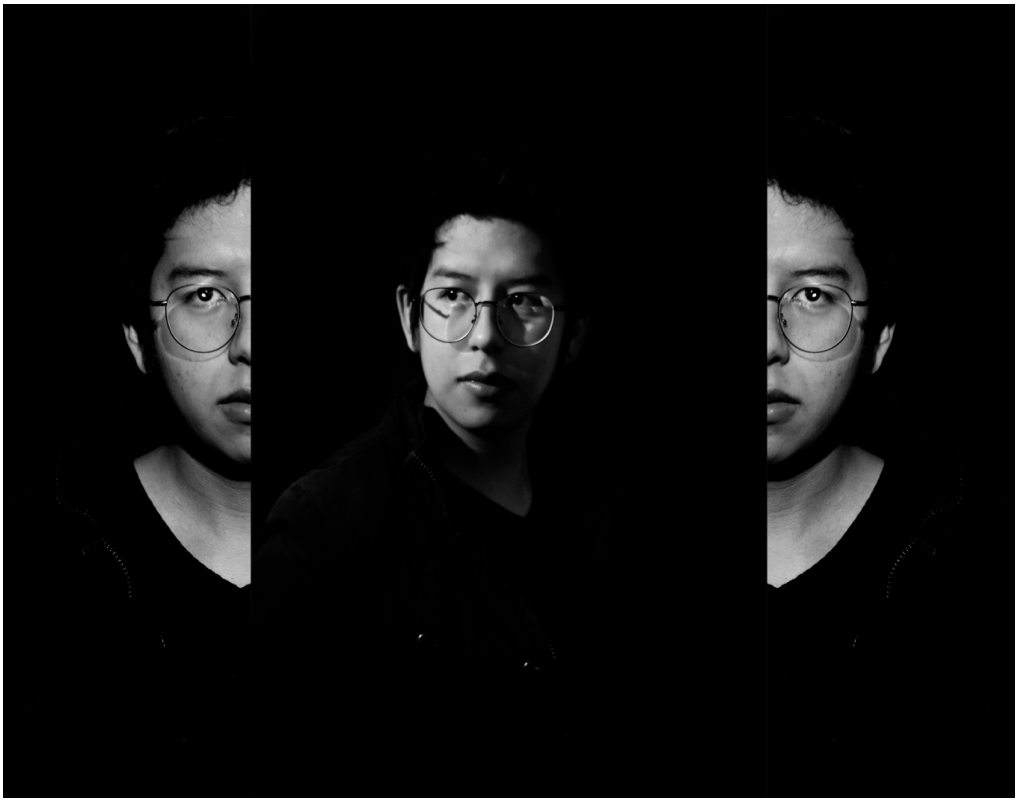
¿Qué me dices corazón?
Tú que te dejas llevar por los aires del olvido.
Tú que vuelas entre el descontento,
la pasión y la lujuria.
Un sinfín de incontables instantes de amor.
Tú que innegablemente conoces mis pecados.
¿Qué me dices ahora?
Ahora que ya no te amas.

Corazón, estás lleno de espinas,
esas espinas que hieren,
pero que sueñan con crecer;
por convertirse en un divino ser,
y en un peligroso embrujo.
Las sendas de tu alma son puras,
pero tu mirada, llama a pecar,
seductora, viva y anhelante de amor.
¿Qué me dices ahora?
Ahora que tú estás solo.

¿Qué me dices corazón?
Tú que deambulas en medio del desierto,
en esa tierra pecadora, que juega por envolverte.
Te dejas acariciar por su viento ardiente,
donde luchas, pero te derrota.
Y resbala por tu cuerpo esa seda roja,
hasta caer a tus pies,
tropezando en el mar de tus deseos,
candente, fugaz y altiva.
¿Qué me dices ahora?
Ahora que no puedes escapar.

Corazón, saboreas cada centímetro de vida.
Jugando y descubriendo la gloria,
te cubres de un manto de burbujas brillantes,
cansadas, felices pero cobardes.
Tú siempre lleno de secretos,
y yo tratando de comprender tu vaivén,
nos convertimos en fuego,
ese fuego intocable que destruye vidas
en segundos de frenético peligro.
Manchándonos de amor,
dulce, fuerte, invencible.
¿Qué me dices ahora?
Ahora que tu vida es la mía.
Ahora que estamos juntos.

Alejandra Pilatasig



LA LUNA TE DIRÁ

La luna te dirá ¡Cuánto te he pensado!,
Cuántas veces he traído a mi memoria aquella tarde de noviembre,
Recordándote en tus extravagantes prendas de diseño bimembre,
¡Ay Dios!, lucías tan bien ese cabello ondulado…

La luna te dirá ¡Cuánto te he soñado!,
Cuántas veces he despertado con la sensación de tus labios,
Abrigándome con cariño y dulzura entre besos necesarios,
Es que me vuelve loco tu labial rosado…

La luna te dirá ¡Cuánto te he deseado!,
Cuántas veces he ansiado volver a quitarte lentamente el vestido,
Cargándote sobre mi regazo y escuchando tu gemido,
Pues sabíamos que el juego ya había empezado…

La luna te dirá ¡Cuánto te he querido!,
Cuántas veces he extrañado el fino sonido de tu risa en mis oídos,
Acariciando mi cuerpo con el tuyo, mientras siento tus latidos,
¡Basta!, tus recuerdos me tienen adormecido…

La luna te dirá ¡Cuánto te he amado!,
Cuántas veces he reído y llorado con el agridulce de tu partida,
Buscándote en cada rincón, en cada espacio de nuestra historia fallida,
La verdad, esto ya me tiene agotado…

Nuestro tiempo ha terminado y en medio de esta noche bruna,
Me voy despacio, esperando que en algún momento me alcances,
Encontrándonos una vez más, para hablar de romances,
Pero, mientras tanto, pregúntale a la luna…

Anthony Reyes

BAJO EL AMOR

"Mí tú
Tú mí,
Los dos en uno solo,
Ambos la misma vida."
EULER GRANDA

A mi "joven" edad relato,
sin conocimiento del mundo
que rodea mi entorno
y mi mente.
Preso, esclavo, embelesado
de mi alrededor y de su gente;
lo que se siente vivir
en un estado catatónico,
extasiado al ser correspondido,
la sensación de estar enamorado.
Palabras, halagos,
todo es válido en esta contienda,
salir vencedor es la única opción,
el ganar o ganar.
Muchacho aguerrido que dio todo,
hasta el último de sus trucos
para cultivar aquel amor…
me felicitan.
Me dan la bienvenida
a este nuevo mundo,
donde ser preso de los encantos
y la pasión me hipnotiza.
Es comparado a un estado de éxtasis,
la eterna droga de los amantes.
No siempre fui así, alegre, afable,
tuve momentos sombríos,

momentos donde sentí dar la vida,
vender mi alma al diablo,
visitar el averno,
solo por aprobación y respeto
de quienes decían quererme.
Tengo la piel marcada,
recuerdos hirientes,
palabras gratificantes.
Agradecido con aquellas mujeres
que compartieron momentos de mi existencia,
me enseñaron a ser mejor,
a crecer.
Hoy puedo tomar la mano
de aquella que sin pensarlo
se convirtió en mi acompañante;
puedo reír, puedo volar.
Sensaciones diversas
atrapadas en mi estómago,
se convirtieron en mi placebo.
Chúcaros los dos,
nos complementamos,
nos hacemos falta,
nos extrañamos,
tirana ella,
tirano yo.
Doy gracias, por coincidir,
por estar, por amar.

Lenin Salinas Gálvez

SP

PIEZA INIGUALABLE

Nublados empiezan mis ojos, con susto de llegar tarde al cenáculo
llevo un saco lleno de recuerdos de mis viejos,
cuando niña era feliz, en un mundo de ensueños.
Un sonido infernal invade mi espacio
es la hora de mi muerte, ¿acaso?

Coloco en mi pie derecho, una media de color plomo
las de tres pares por un dólar, sí, de esas que se ahorran.
He combinado con mi pulsera tobillera de color azul que, Leonardo
el mejor amigo, lo plasmó en un libro hecho a mano.

Debo aparentar cuidarme, tomar mi medicina.
Voy a mi zona en un rincón, aunque del todo mío, no es.
Avecino mi mano cansada a un botón estremecedor
comienza la jugada ¡a clases!, que linda emoción.
Es sarcasmo.
Por si no entendieron esta gran expresión.

Es vasto tener emoción, la educación
no sirve, si se enseña con imprecisión.
Largas horas frente a un computador,
como una fila para el bono y la pensión.
La desesperación invade mi cabeza,
tomo mis audífonos, escucho música,
es un alivio a mi corazón.

Quisiera que mi persona favorita sea mi clave,
lo es, pero no terrenalmente.
Brilla, tanto como un atardecer en la playa,
no daña, sino calma; y te abraza fervorosamente.

Me siento sola, insuficiente,
sin ganas de seguir aquí, no me dejan ir.
Me quieren hacer vivir. Como siempre.
Debo buscar felicidad ¿irónico, ¿no?
Yo soy mi obstáculo primordial.

Mi cordón umbilical permanece atado a mí.
Me llama cuando estoy a puertas de mi burbuja,
la busca, la revienta y me enseña que no es buena.
Su mano es perfecta al caminar, me sujeta con firmeza.

Mamá, es la palabra más hermosa, lo dije
en un frío cuarto de hospital, pero más grande
digo, te necesito mamá, y no contesta.
No está marchita, es… un alivio.
Aseguro una cosa, la tristeza ha florecido.

No es antipatía, todos aman a sus mamás,
es dolor al ser su mayor debilidad.
Noches de torrente manantial,
silencios que acompañan,
mi mente me lastima,
como un crimen pasional.

Pieza inigualable, soy en este abismo
cantar y comer, es lo que mejor domino.
No tengo grandes habilidades,
pero con ganas innumerables de irme a otros lares.

Desprecio el deseo de vivir, pero acaso, ¿elegí nacer?
Faltan melancolías, ¡basta ya! ¿Lograron captar?
El mensaje escrito de una niña con miedo a avanzar.
Espero pronto llegar a este lúgubre final.

Mirar el reloj y la puerta
al mismo tiempo, es tonto.
Creo firmemente que regresarás.
Como una vez lo hiciste ya.

Crisis, tras crisis se apoderan de mi mente
no crean que por ser imprudente
sea una persona demente
Al menos eso, no me convence.

Expreso palabras de amor y odio a lo mío.
No cometan el error de fijarse en el abismo.
Hay salida o al menos eso enseñan de la
vida, aquellas cuatro letras, demás complejas.

Llenar mi cuerpo de tatuajes quiero
dilema grande, motivo existe; dinero,
es lo que menos tengo.
En serio, lo quiero.

Mi vida no es nada interesante
tiene altas y bajas, no es de alarmarse.
Es la causante de que sea mi base
para escribir este pequeño detalle.

Quiero finalizar con algo concreto.
Más amor propio,
más lectura,
tómenlo o déjenlo,
al final, es decisión suya.

Jennifer Sandoval

EN QUÉ MOMENTO

…Me pregunto: ¿En qué momento abriste las puertas de este pecho
y te convertiste en huésped de mi corazón?
¿En qué momento remodelaste las paredes de mis sentimientos?
Me pregunto: ¿Cómo no ubiqué el punto en el que dejaste de ser
una conversación y te convertiste en alguien especial?
El punto es que ya estás aquí, tú das mejor vista a este corazón.
Está destinado a ser, es un placer que te encuentre en él.
En fin me urges.

Me urge besar tu boca, tus labios, tus manos, tus pies.
Me urge morder tu oreja
y rozar el fantasma que dibuja a milímetros de ti
la belleza de tu alma, invisible al ojo.
Me urge tocar tu cuerpo con mis yemas,
para susurrar en tu oído lo mucho que te amo.

Guardar silencio un segundo.
Acallar el ruido de la ciudad.
Me urge estar bien y hacerte feliz;
pasar lo bueno y malo;
platicar hasta no poder más,
reír de manera abierta e incansable.
Sobrevivir para prestarte mi hombro y calmarte,
decirte que te encuentro hermosa, única;
que te amo.

Me urge tomar tu mano sin darme cuenta
natural e impredecible,
todo para ti.

Me urge estar contigo y ser tuyo,
ver cómo juegan tus ojos al reír,
ver en tu mejilla formarse un hoyuelo
con tu sonrisa.

Me urges… te amo,
me gusta conquistarte cada día,
aunque tu corazón no me pertenece
pero sé que tienes ojos para mí.

Seré detallista, cariñoso;
te dejaré volar muy alto
hasta donde tú quieras
y he de esperar ansioso tu retorno.

Todo inició por casualidad,
casualidad que si la vida me permitiera
la quisiera repetir.

Beso tu frente si estás cansada,
velo si enferma te encuentras;
te ayudo a dibujar una sonrisa
cuando la tristeza te gana,
mi hombro para apoyarte
cuando los problemas te agobian.

Te escucho si quieres hablar;
respeto tu profundo silencio.
Escribo pequeñas notas para ti
llenas de ternura
y te molesto con cosquilleos cuando te noto distante.

Me gusta conquistarte todos los días,
gozo con tus emociones,
te quiero como compañera
para toda la vida... porque te amo.

Por tu magia,
por tu hermosa existencia.
cuando me dejas ver tu alma,
algo en mí se transforma.

Tu presencia llena el abismo que existía en mí,
aún tengo guardado en el baúl
miles de abrazos
que quieren estar en ti.
Junto a ellos se encuentra el primero que me diste
con el que me arrullaste
y consolaste cuando tantos
lo habían intentado sin lograrlo.

Tengo un puñado de versos
que se te escaparon
y regaron mi camino.

Cierro mis ojos y agradezco por entrar en mi alma,
a Dios por permitir que nos encontráramos;
ahora tu mente y tu cuerpo me abracen
que jamás me suelten.

Carlos Torres

DE PIEDRA ESTAMOS HECHOS

De piedras estamos hechos.
Así nos tratan,
así nos llaman.

Somos incapaces de poder movernos,
Incapaces de elevarnos.
Nos manejan y nos impulsan con una catapulta.
Nos arrojan a favor o en contra.

Pero somos piedras además porque ellas nos representan,
Somos piedras porque con ellas nos defendemos.
Porque venimos de la tierra.

Somos piedras y lo sabemos,
y estamos juntos.
Porque de piedras estamos hechos.

María Fernanda Vizuete

AUNQUE EL FRÍO ATLÁNTICO NOS SEPARE

Aún me despierto en cada madrugada abollado, a mi lado, está la sombra que resulta irrefrenable.

Un pedazo de cristal donde la delgadez de la luz no escurre masa,

solo se escuchan sus voces, pero no se siente el calor; puedo mirarlos, pero no palpar sus tiernos rostros; escucho su voz y algo dentro de mí se remuerde.

Un nudo en mi garganta quiere explotar,

y su masa se vierte en un mar de lágrimas.

"Cada día es uno menos para encontrarnos" me digo a mí mismo en un fútil intento por consolarme.

Una foto fría junto a mi cama me sonríe,

rápido, el recuerdo me ahonda de su fuerza; mujer sentimientos de papel,

a pesar de saber mucho, ha cometido errores.

Pero ahí está, intacta, como si hubiese sido ayer cuando le di el último abrazo.

Por eso la admiro, a pesar de que no es perfecta; mi figura mayor, trajo al mundo a dos ángeles en forma de carne y hueso con tiernos rostros.

Así pues, ¿Cuándo volveré a tocar sus sonrisas con mis palabras?

respondo: “pronto, pronto será”. Nada parece funcionar.

Terminarán de crecer tal cual ramas de un árbol, pero la raíz siempre será la misma; siempre presentes los tres en lo más recóndito de mi ser.

Aborrezco la causa común de la partida de un ser amado a tierra ajena, pero anhelo su arribo a esta tierra tropical, tierra que presenció su nacimiento por vez primera.

Solo espero, que mi estancia sea larga para llegar a enorgullecerme con la grandeza de sus corazones.

Lo que me quita el sueño es ¿se acordarán ellos de mí?

Mi corazón late más de lo normal por el pavor de no volver a ver, de no volver a oírlos, de no volver a sentirlos.

¡Dios! apiádate de mí y permíteme volver a ellos.

Permite que mis ojos vuelvan a apreciar su inocencia; que mis oídos reciban sus sonrisas y mi cerebro vuelva a inmortalizar sus dulces rostros.

Guardo con ansias las fuerzas que me quedan para ahogar en abrazos, para anegar con sonrisas, para colmar con historias de su hermoso pasado conmigo.

Algo más que tengo que pedir a Dios y aunque no me va a alcanzar la vida para ser grato.

Protege y resguarda sus inocentes almas de este mundo injusto y cruel.

Rafael Astudillo

NO SÉ CUÁNDO, PERO SIEMPRE ES UN DÍA MENOS.

"Together as equals
At heart we're the same
We're incandescent
A glorious flame"
Aviators - Incandescent
Para Kalimdor Incandescent

Salí del trabajo como de costumbre, mi caminar era lento y mi mirada no conocía otra cosa que lo gris del suelo. Sentía una carga enorme en mis hombros, quizá la responsabilidad de tomar mis propias decisiones.

¿Quién diría que podría ser tan complicado? Es que, uno a los 18 ya es un adulto ¿Verdad? Es una carga muy pesada para alguien que apenas terminó la secundaria.

De la nada, el aleteo de un colibrí que veloz corrió frente a mis ojos me hizo alzar la mirada. El cielo asemejaba al oleaje suave del mar, es increíble notar cómo cambia la perspectiva del día con solo levantar la mirada. Sentí que pasaron sobre mí unos mil años y el azul del cielo no hacía otra cosa que brindarme paz. Me acompañaba un poco la culpa, recordé que confié al olvido mi encanto por contemplar el cielo y conmoverme con sus ojos convertidos en estrellas brillantes. De repente, el rumbo cerró mi camino mientras caía en un callado abismo.

Es extraño cómo todo cambia después del colegio, aquellas amistades inseparables tomaron sus propios caminos en busca de cumplir sus metas. Y aquel amor que se marchó para cumplir sus sueños, mientras el mío se iría con él. No mentiré, me sentía sola, triste, no sabía con quién contar. Una cosa era segura, estaba a punto de encontrarme y la confirmación de ello, lo guardaba ese cielo azul con su nitidez increíble y su voz desde lo alto, acariciando mi rostro con

su brisa.

¡Septiembre! Suena el celular, vibraron mis sentidos, era un mensaje:

- "¡Hey Cassio! ¿Cómo te va?"

Era muy extraño que Octavio me escribiera, se veía como un tipo muy reservado y poco sociable en la única foto que tenía de perfil.

Le respondí, y dijo que me necesitaba para una mazmorra en un juego. Sorprendida pensé que hace años lo dejé de jugar, pero aún lo tenía instalado, así que acepté. Lo acordamos para el viernes por la noche.

Me resultó extraño. ¿Por qué? Repetía una voz en mi cabeza. ¿Por qué? Si habíamos convivido muy poco. Creo que luego culparé al tiempo de este desacierto. A pesar de eso, no puedo explicar mis nervios y emociones.

Llegó el día, me conecté a la hora señalada, y no era la única. Octavio me saludó y me invitó a unirme a Skype. Aunque estaba en línea, no me atreví a hablar. La noche corrió lenta, fue como si el tiempo se hubiera detenido, las bromas sin sentido apaciguaban el correr del reloj. A pesar de los intentos fallidos, la noche fue muy amena, poco a poco me sentía más en confianza, aunque era la primera vez que convivía con él y sus amigos de esa forma, me sentía en familia, como si los hubiera conocido de toda la vida.

En un descuido, mi micrófono se activó y me escucharon hablar. Fue un momento incómodo, pues todos se callaron, hasta que alguien preguntó:

- "¿Esa es la voz de Cassio?"
- Sí – respondí

Al instante, todos rieron tiernamente, incluso aquel muchacho que tenía un perfil muy serio. Abimael, quien captó mi conexión con su personalidad. ¡Me identifiqué con él! Sorprendida pensé que no era la única que se tomaba en serio un juego para que todo salga bien.

Escucharlo cambiar su tono enérgico por uno suave y juguetón me produjo confianza, e incluso algo de alivio.

Y así pasaron días, que pronto se transformaron en meses en los que la rutina nocturna cambió, donde la luna se convirtió en mi mejor amiga, y aquel grupo de amigos de toda la vida se volvieron mis confidentes.
Ha pasado un tiempo, y veo una notificación en mi celular. Octavio me invitó al grupo de WhatsApp de sus amigos. Tenían alteridades interesantes, sus aficiones, pasiones, y personalidades increíbles; fue fácil convertirme en su amiga muy cercana. Poco a poco fui creando recuerdos, anclados en la nube, y guardados en mi corazón.

"Amor de lejos y amistad de lejos". No conocía esas frases hasta que comencé a hablar de ellos con la gente. Era común escuchar que esas amistades no iban más allá de las pantallas de mi computador o mi celular, y solo pensarlo lastimaba.

Aquellas ideas eran como estacas que se dirigían directamente al corazón, dolía tanto como la pérdida de quienes fueron en busca de sus sueños; sin embargo, este corazón necio se aferró a una ilusión. Quizá era una especie de capricho, me sentía como una niña, que desea el juguete que está de moda. Ahora tenía un sueño, un capricho; además quería viajar y conocerlos.

¡Valientes! Mantener todo tipo de relación a distancia, es de valientes. Vivir a la expectativa de un encuentro, llenarse el corazón con la idea, aunque en el fondo el cerebro diga que es imposible. ¿Quién creería que, podrían forjarse lazos tan fuertes a pesar estar a 3 866 kilómetros de distancia?

Nuevamente el panorama se tornó oscuro, la soledad apresó nuestros corazones como cual ave en cautiverio; sin embargo, los lazos se volvían irrompibles. Eran redes de hilos dorados, lazos incandescentes que sostenían ese tesoro tan bello llamado amistad.

Es increíble cómo trabajan esos lazos y te sostienen a pesar de la lejanía. No puedo creer, que un simple mensaje de texto sea tan poderoso, que fortalece, anima y reconforta…

La mente me estaba jugando una mala pasada, quizá los molestaba mis dramas, tal vez solo estaban siendo amables, pero no era así. Sin darme cuenta yo también los había apoyado, animado y reconfortado. La reciprocidad no es una deuda, los amigos están siempre, y en eso todos estábamos de acuerdo.

Pero… Abimael, no ha dejado de sentirse en deuda conmigo, pues estuve para él cuando su mundo se caía a pedazos; yo, lo había olvidado.

En una de nuestras tantas conversaciones, me dijo:

- "Tenemos que traerte, les diré a los muchachos que empecemos a ahorrar."

Mi corazón se aceleró como si no tuviera lugar en mi pecho. Prometimos que nos esforzaríamos para pagar el viaje, juntos. Abimael mencionó la idea en una de esas noches donde nos reuníamos a jugar, todos estaban de acuerdo. Nunca me había sentido tan querida por un grupo de "desconocidos de internet".
Ahora esa promesa tiene nombre…
No sé cuándo pero siempre es un día menos

Anabel Marcillo

FISURAS

Para mi Odioso

"Me sucede también que no me encuentro donde me busco, y me encuentro más por la casualidad que por la indagación de mi juicio."
-Michel de Montaigne

Llevo tu corazón junto al ángel de plata de aquel collar que me regalaste una tarde de verano. La plata fría brilla y se funde a diario en mi cuello para llevarte a todos lados y mantenerte con vida. Nunca morirás porque yo te amo, pero tampoco vivirás mientras dure esta agonía. Y si me extravío en tu ausencia, y no vuelvo a escucharte más, le susurraré al ángel las palabras perdidas y lo llenaré de agua salada.

Quiero contarte que vivo de las partes; de los instantes eternos, de ese amor color otoño cuyas hojas secas se vuelven pedacitos y se funden en el viento para besarte a la distancia. De los retazos de sueños, de las canciones bailadas, de suspiros y cartas empolvadas. Porque de ti, ese ángel de plata es lo único que queda a la par del deseo de una despedida que nunca llega.

Quiero contarte que soy la vieja casa de mis padres. La casa de mi infancia cuyas paredes empezaron a romperse hace meses. Primero despacio, aberturas casi imperceptibles excepto para los ojos más curiosos. Luego de prisa, una fisura tras otra, hasta que el daño fue irreparable. Le dije a mamá que la casa se hundía poco a poco, pero no le importó y la casa continuó quebrándose.

Debo decirte que las fisuras se abren en un abismo infinito donde solo se puede escuchar al eco pronunciando tu nombre y al dormir siento el sutil vibrar de las ventanas que me mantiene alerta mientras evoco tu presencia. He descubierto que la casa se hunde más lento cuando sueño y es allí donde te veo: boca seca y corazón de roca. Apenas logro rozar tus labios antes de que te hagas polvo y los

cristales se vuelvan trizas.
Entonces escucho el ulular de los muros de la vieja casa de mis padres. Corro a buscarte; no encuentro salida y sobre mí cae polvo y restos y cosa muerta. Pero no tengo conciencia, no logro distinguir donde empieza mi ser ni donde termina.
A mis oídos llega el rugir de los grillos de la noche y nada más. Pasa el tiempo y nada más; horas, días, semanas, meses y nada más. Despierto antes de que la podredumbre me consuma, solo para encontrar que la casa continúa hundiéndose, pero yo sigo viva.

Lo sé porque el cuerpo arde mientras las paredes retumban. Lo sé porque encuentro de nuevo mis manos, mis ojos, mis mejillas y de mis adentros escapa un sollozo que nadie oye mientras se mezcla con el susurro de las ventanas. Soy esa vieja casa que se hunde. Soy las fisuras que aparecen todos los días. Soy la preocupación de mamá y papá. Soy la búsqueda de un nuevo hogar, pero también soy la historia que dejaste atrás.

Ojalá estuvieras aquí. Entonces podrías notar lo bonita que luce la casa por fuera. En el día las aves se posan cerca a sus ventanas y le cantan. Aunque no permanecen mucho tiempo; se van apenas notan las fisuras. Quiero que sepas que el mundo se ha vuelto cada vez más grande, pero no hay lugar para casas rotas en él. Me gustaría despedirme de la vieja casa; concederle un último deseo. ¿Podrás ayudarme a hacerlo?

Mamá no entiende qué sucede con la casa. Se dio cuenta tarde de que estaba destrozada. Le dije un día que debíamos pedir ayuda; que en cualquier momento las paredes se nos pueden venir encima. Ella me miró a los ojos, atravesó mis muros y me abrazó. Mamá supo que las paredes nunca más se compondrán.

Quiero contarte que duermo a diario con el ángel de plata, esperándote. Pero pronto tendremos que abandonar la casa. Yo llevaré conmigo el corazón de roca para guardarlo en un lugar secreto donde

nadie lo pueda mirar. Ya no tenemos miedo de irnos. Quedarán en la casa los despojos de una vida y serán los escombros y el vacío las muestras de que alguna vez estuvimos dentro y vivimos.

Paula Espinosa Posso

EFÍMERO

Cada persona que pasa por nuestra vida es única. Siempre deja un poco de sí y se lleva un poco de nosotros. Habrá los que se llevarán mucho pero no habrá de los que no nos dejarán nada. Esta es la prueba evidente de que dos almas no se encuentran por casualidad.
-Jorge Luis Borges

A ti, que nunca dejas de aprender.

Nunca supe el verdadero significado de la existencia hasta que encontré el vacío. Siempre obvié lo inevitable creyendo saber más de lo que nunca supe; fallé. Aquí, ahora, todo cobra sentido. ¿Acaso es el fin? ¿O el comienzo? Dime cómo entender tu pasajera estadía, tu escasa presencia. Tiemblo. Tiemblo cuando siento que pierdo los sentidos en mi intento de existir. ¿Quién afirma que somos seres reemplazables sin haberlo sentido? En lo lejano has dejado tu huella, de cerca siento la cicatriz que evoca la enseñanza de marcharte tan lejos. Querida alma, tú mi espejo, tú mi carta de presentación. Ahora yo. Lo único que tengo a donde quiera que vaya. Quédate en la permanencia de mi ser, hasta que logre ser quien no he conocido y necesitaba. Acostúmbrate al desvalimiento. No somos seres de amor. Estamos deshabitados. Necesitamos de él para reconfortar nuestro vacío. Si acaso lo hemos sentido ¿Cuánto ha durado? Es tan efímero que ni lo he sentido. Necesitaba más, pero he entendido que lo perpetuo no es entretenido. Camina, corre, vuela, jamás con los mismos. Absorbe más de lo que debes. Sólo así aprenderás a valorar el nidal.

Kimberlly Cueva

FUGAZ ENCANTO

Para toda alma deshecha
"No espere el día del juicio final. Tiene lugar todos los días… En muchos casos, lo verdaderamente sobrehumano es continuar, simplemente continuar"
-Albert Camus

El tenue brillo del televisor encendido y su murmullo en la madrugada me separaba de los brazos de Morfeo. No era la primera noche en vela que anotaba en mi cuenta, sin embargo, lo que tenía que enfrentar al día siguiente precisaba la sobriedad de mis sentidos y la templanza de mi razón. El amargo "tic tac" marcaba el lento paso de las horas hasta que, por fin, el alba rozó el alféizar de mi ventana anunciándome la llegada del gran día. Era tiempo de regresar a clases. Empecé a acicalarme como mejor pude y preparé mis cosas; tomé mi vieja mochila y guardé en ella un cuaderno en el que solo plasmaría garabatos insulsos y signos incognoscibles; paranoia de un artista frustrado atrapado en la platea del tedio académico. Tachado esto de la lista, me dispuse a salir de mi reducto, no sin antes recibir un tierno beso de mi madre y su bendición.

Al arribar a la estación de la universidad mi ímpetu se desvaneció; la mochila me pasaba y cada paso en dirección hacia mi destino parecía ir en sentido contrario. Habiendo llegado al vetusto edificio, crucé un par de pasillos y subí los escalones hasta mi salón. Entonces la vi; una chica con peculiares lentes rojos absorta en sus quehaceres. Luego del corto vistazo, mi naturaleza taciturna me confinó a la soledad en medio del barullo. El vocerío de todos me confundía, pero, por una afortunada coincidencia, observé a lo lejos un par de rostros familiares a los que saludé con gesto amigable. Mientras bromeaba con ellos, aquella inquietante figura no me quitaba los ojos de encima. De pronto, la huida del aula nos fue propuesta a todos por la ausencia del maestro y acepté unirme a la muchedumbre para clamar por la libertad e instigar a los más timoratos.

Sin que yo lo notase, aquella chica algo desalineada se sentó frente a mí en medio de la rebelión y con total desenfado dijo:

-Si, ya vamos ¿no?

-Eh… si, vamos nomás -respondí torpemente-. El profe no ha de venir.

Al percatarse de mi extrañeza, me devolvió una cálida sonrisa antes de continuar con su inusitado cortejo.

- ¿Cómo te llamas? -inquirió-.

-Soy Álvaro -dije en un intento de escamotear mi nerviosismo- ¿y tú?

-Mi nombre es Camila -enunció con un dejo de amabilidad y encanto-.

Los segundos para gestar lo que sería un silencio incómodo empezaron a transcurrir y denodado exclamé:

-Mucho gusto Camila -mientras llevaba su pequeña mano hasta mis labios-.

En ese instante, la pausa en el tiempo se deshizo y el estrépito de insurrección en el salón fue acallado por la sombra del profesor vista desde el umbral de la puerta. Raudo, regresé a mi lugar, no sin antes dejar abierta la posibilidad para un futuro encuentro. Al término de aquella jornada regresé a casa con una sonrisa en el rostro y la sensación del roce de su piel impregnada en mi mano. No había sido un primer día de clases tan malo después de todo. Pero lo que aquella tarde empezó como una dulce historia de dos amantes destinados a la eterna felicidad no tardó en deformarse.

Los primeros meses era el amor de su vida, lo mejor que podría haberle pasado nunca, tiempo después, me transformé en el "cáncer de su vida", cuando furibunda y consumida por el odio así lo decía. Todo era tan confuso… Intentaba desesperadamente complacer sus insensatas demandas al punto de anularme y desaparecer por una causa perdida. Traté de excusar los insultos, chantajes y manipulaciones con la esperanza de que llegase el día en que el oleaje se llevara consigo toda muestra de maldad y desconsuelo. Pero no había un amor real que pudiera sobrevolar entre la protervia; lo único real era mi dolor. Y es que cada noche, después de largas llamadas henchidas de lágrimas, ruegos y lamentos, lo que seguía a la despedida de un inescrupuloso "te amo, ya estamos bien", era una profunda sensación de infelicidad en mi roída alma.

La imagen de mi tierna Camila estaba enmarañada en algo espantoso. Apenas y la reconocía; sus ojos, antaño llenos de vida, de pupilas dilatadas y apacible caoba, ahora eran dos siniestros abismos que me conducían al averno. Lo que antes era una inocente sonrisa, de diáfanas perlas y bella femineidad, ahora no era más que una sórdida mueca que me aterraba. Pero la estulticia de mi necio corazón me hizo cómplice del delirio por dos años.

Hace unos meses fue mi cumpleaños. Un festejo algo problemático dada la pandemia. No solo era la fecha en que cumplía mis 22, también era una nueva oportunidad para mancillarme; para liberarme. Decidí no formar parte de un proyecto en el cual quería incluirme, razón suficiente para socavar lo poco que quedaba de mí. Había olvidado por completo que no era más que un fantoche al que se le ordenaba que hacer. "¿Cómo pude ser tan desconsiderado?"

-Eres un mediocre -dictaba por un mensaje de texto-. Ya no hay un mañana, todo se cancela. Ahí quedan tus regalos y tus mierdas. Me esforcé mucho, pero ¿con actitudes así? Me decepciona haber hecho lo que te hice por tu cumple. No quiero mediocres en mi vida. Tú me decepcionas ¿ya?

-Camila, por favor -decía sollozando del otro extremo de la conversación-. No me trates mal, yo no soy así. No soy un mediocre. ¿Cómo me dices eso? -pregunté, esperando leer un "lo siento amor, por todo".

Al cabo de unos minutos y habiéndose hastiado del macabro juego, lo que parecía ser una disculpa a sus abrasivos mensajes me fue arrojada.

-Te daré todo mi amor hasta que me quede sin fuerzas -decía con completo descaro-. No quiero esperar nada de ti, solo quiero amarte porque es mi decisión y mi forma de ser. Me gusta amar –concluyó, matando mi último deseo de continuar con aquel sinsentido. Un afortunado error de la maldad, sin duda.

Quisiera decir que mi tormento duró poco, que valió la pena. Para mi pesar, no es así. No hay noche en que no piense como pude ser tan ingenuo para caer en las artimañas de Narciso. No es una oda al victimismo, es la realidad. Por fortuna, en medio de la miseria y la incomprensión encontré la amistad de un espíritu bondadoso y roto, el amor de mi familia y el encuentro con mi sombra, una parte de mí a la que por años he evitado y a la que ahora abrazo con amor cada día de esta nueva existencia. Por fin puedo tener paz, una paz que nunca conocí.

Álvaro Espinosa

COVID, UN SUSPIRO Y UN RESPIRO

Con el amanecer de un nuevo día... ¡Respirar… qué lindo es respirar!, sentir el aire entrando por mis orificios nasales dirigiéndose a mis pulmones para darle permanente vida a mi cuerpo. Ver, escuchar, sentir, hablar, abrazar, besar, disfrutar de un nuevo desayuno, caminar, correr y muchas otras cosas más, son parte del día a día; pero ¿y este día? ¿qué tiene de diferente? ¿qué es lo que escucho? ¿qué me pasa? ¿por qué no respiro igual? Escucho a mi alrededor llantos, una sirena, un alboroto alarmante que no logro discernir; mi mente y voluntad se levantan expedito por encontrar una respuesta a lo que acontece en mi entorno familiar. Sin embargo, mi cuerpo, como si estuviese poseído por un poder sobrenatural se queda postrado en esta cama que por cierto... (haciendo una pausa), mi cama es el lugar al que amo llegar en las noches para reposar, descansar, poner mi cuerpo y mente en una cápsula de renovación vital -entre sábanas y cobijas- para restablecer fuerzas y energía corporal y mental, y en ocasiones hasta de espíritu para empezar cada día con la misma actitud positiva e innovadora, con ese deseo ferviente y constante de progresar económicamente para fortalecer un camino de felicidad por tener una estabilidad económica y material moderada, para que quienes dependen de mí, no sufran esa falta de recursos que entre parte de mi niñez y adultez yo viví en carne propia; así que, yo quiero que ellos tengan una vida más cómoda, con más cosas de las que yo pude tener... aunque, dicen que el dinero no lo es todo, ¿verdad? o al menos eso es lo que se repite de tiempo en tiempo; y hablando de aquello de que el dinero no lo es todo, retomo mis líneas y el curso de mi nostalgia que plasmando estaba en este escrito, porque este suceso en mi vida, así como en la de millones de personas en todo el mundo, demostró que ni con toda la riqueza y el poder económico, social o político nos podíamos librar de que un virus llamado covid-19, se infiltre en nuestro organismo para destruir nuestras células pulmonares y matarnos de un paro respiratorio, o como defecto menor, nos deje con distintos problemas en nuestra salud física y hasta mental. Decía, que, en mi entorno de ho-

gar hay preocupación, miedo, llantos que enfrían el alma de quien los escucha, ¿pasó algo grave? ¿alguien se murió? ¿por qué no me dicen nada? Tan solo escucho y vagamente logro entender que todo es por mí, todo tiene que ver conmigo ¡algo que me sucede! No, no puedo estar muerto porque los muertos no escuchan ni se dan cuenta de lo que pasa a su alrededor ¿entonces? ¿estoy desmayado? ¿tuve un accidente mientras dormía? Ah, ahora recuerdo que tenía un poco de tos, algo de dificultad para respirar -algo muy normal en las personas en tiempos de fríos o por bajas defensas-; por cierto, que tiempos tan fríos los que estamos viviendo los ecuatorianos en los últimos meses en la zona sierra de este hermoso país, inclusive en lugares en donde el clima era caliente y recomendable para vivir, para aquellas personas con problemas pulmonares o reumáticos, ahora se ha vuelto demasiado frío; la temperatura está tan baja que nos ha llevado a cambiar el gusto de las prendas ligeras por unas más abrigadas, el gusto por las bebidas frías, por aquellas que nos brinde calorcito corporal y, hasta nos provoca que alguien nos "apapache" bien rico mientras tomamos un chocolatito ambateño bien calientito... perdón, ¿en qué estábamos? Ah, sí... aunque mi mente se encontraba divagando en el desentono real de la confusa incertidumbre sobre lo que estaba pasando, de alguna forma una parte de mí se daba cuenta de que algo andaba mal. De pronto dejo de escuchar voces familiares y todo lo demás es simplemente extraño, excepto el espeluznante sonido de la sirena de la ambulancia que agita el pulso de mi corazón. Combinado con mi angustia mental presionaba más mi pecho imposibilitando que fluya mi respiración libremente, como fluyen las aves en amplio vuelo surcando los cielos azules de un planeta vasto de belleza natural. Me ahogaba física y mentalmente, algo dentro de mí, me impedía respirar con ligereza, algo me quitaba la tranquilidad, algo generaba en mí, cierta desesperación que, aunque yo no estaba en mis cinco sentidos, mi subconsciente percibía la urgencia de que mi cuerpo sea salvado de un mal que llegó a estremecer al planeta entero; aquél mal que, paradójicamente, mientras que a los humanos nos hacía daño y por lo cual empezamos a escondernos, ese mismo horror "químico o animal"

fue lo que la naturaleza necesitó para sentirse muy bien por un periodo de tiempo que tal vez no fue lo suficientemente largo, pero le fue muy útil para que sus pulmones respiren mejor que los míos y los de millones de personas. Retomando las letras descriptivas del acontecimiento de mi vida, en el trayecto desde mi casa hacia el hospital, el paramédico aceleraba el rodar del vehículo blanco con letras rojas que en ocasiones representa la salvación de una persona, y en otras no es más que el primo hermano de la carroza fúnebre que nos lleva de camino hacia el último viaje de nuestra frágil existencia, un viaje que, según la palabra de Dios, la Biblia, las creencias religiosas, nos transporta hacia el paraíso, hacia la vida eterna, a los brazos del Padre Supremo de todo lo que existe en el universo; en todo caso, sea cual sea la verdad, lo que sí es seguro, es, que ese carro con sirena, camilla y paramédicos, nunca nos da la certeza de un mal o buen presagio, a veces es nuestra salvación y otras es solo la puerta hacia un lugar del cual no volvemos a salir con vida... hablo del hospital, aquel frío paraje con aroma particular a medicina, personas enfermas, el ruido del personal médico y de los MPC (monitor de pulso cardiaco), que en conjunto hacen del mismo, un sitio en el cual una persona no desea ni siquiera entrar, y es que a veces uno sale más enfermo de lo que entra, o, como lo dije antes, ¡no vuelve a salir vivo!. Pero la esperanza de salir de allí recuperado, sano, con la vitalidad a flor de piel, es lo que nos llena la mente de pensamientos positivos por nosotros, por nuestros seres amados.

Llegamos, me ingresan por emergencia, apresuran el paso hacia la sala de la unidad de cuidados intensivos (UCI), -un hombre está luchando por vivir-, me conectan a un tanque de oxígeno, respiro con la dificultad de un pez fuera del agua o de un fumador compulsivo compitiendo en una triatlón, mis pulmones claman por más oxígeno y mi corazón siente morir; mi pecho se expande una y otra vez en permanente esfuerzo por no soltar el delgado hilo de la existencia misma que un virus pretende arrebatarme de los huesos y la carne de manera irrevocable. Algo dentro de mi empezó a entender lo que estaba pasando, mi subconsciente antes de entrar en una lapsus de

desconexión cognitiva, me hablaba haciéndome recordar que, en-los noticieros, en las redes sociales y por medio de la organización mundial de la salud (OMS) se informaba sobre una nueva gripe, llamada coronavirus, proveniente de China, algo que, decían, "había sido creado" premeditadamente en el país oriental, otros decían que "nació en un mercado de animales" en la ciudad de Wuhan; de cualquier manera, era un exterminador de vidas humanas que ingresaba por boca, ojos o nariz causando problemas respiratorios similares a los de una gripe común, pero también problemas más intensos como el síndrome respiratorio agudo grave (SARS) o el síndrome respiratorio de Oriente Medio (MERS). Para toda aquella persona que ya padecía de algún mal patógeno, esta enfermedad infecciosa deterioraba rápidamente su salud hasta llevarlo a una muerte segura.

El mundo entero estaba en alerta máxima y con los nervios de punta, por algo que ni siquiera nuestros abuelos habían oído o vivido en sus años de maravillosa y plena existencia, así que, seguramente era algo que solo iba a pasar en China y allí se iba quedar... y es que haciendo un recuento de las extrañas cosas que han sucedido en nuestro planeta, desastres naturales o causados por el hombre, pues esas cosas siempre se dan, o en Norteamérica o en el viejo continente, pero acá en Sudamérica, a lo mucho lo que tenemos son terremotos o deslaves, pero jamás los sucesos que ha tenido que soportar la gente en otros países, así que, "no teníamos nada de qué preocuparnos", o eso es lo que pensamos, y ya ven, ¡nos equivocamos! El virus cruzó el amplio y majestuoso océano Atlántico en el cuerpo de una alegre ciudadana ecuatoriana que vivía en el continente Europeo y que llegó a nuestro país con toda las emociones, fervor y amor que le cabía en su cuerpo por volver a su tierra, a la cuna de sus raíces, de su familia, de su niñez, de su juventud, de todo aquello que le brindó alegrías y nostalgias y que aun estando lejos, no podía desprenderse lo que más amaba en la vida, su gente, su pueblo, su bello Ecuador; así que, decide venir a vacacionar pero, no vino sola; dentro de ella trajo el ya conocido COVID-19, que, así como a esta buena mujer

de la tercera edad y a mí, a millones de personas nos puso en una cama hospitalaria de la cual muchos nos levantamos para decirle a nuestros seres amados ¡aquí estoy!, ¡ya regresé!, ¡ya estoy libre de ese mal y viviré a su lado por muchos años más, porque Dios me regaló una nueva oportunidad de vivir junto a ustedes! Pero paralelamente en otros hogares no se podía gozar de esta bendición de tener a su ser querido de regreso al lecho familiar; en otros hogares lo veían salir, pero jamás lo vieron regresar, y lo que fue aún peor, es que ni quiera podían darle cristiana sepultura debido a la facilidad que tenía el virus para transmitirse de un cuerpo a otro, aunque uno de estos cuerpos se encontrase sin vida, por lo que, siendo así, el cuerpo médico en todo el mundo por disposición de la (OMS), no tenía más opciones que enviar a los fallecidos directo a un ataúd o una funda plástica.

La situación, se volvió demasiado crítica, dolorosa, desesperante, angustiante, enfermiza... y con decir enfermiza me refiero a que las personas no solo se enfermaban de coronavirus, sino que también empezaron a enfermarse psicológicamente a causa del encierro obligatorio que nos tocó vivir debido a que los máximos 'Organismos Mundiales' declararon que, lo que había nacido en un pequeño pueblo Chino como una pequeña enfermedad local, había tomado el gigante poder de una pandemia en todo el mundo... estábamos viviendo un mal sueño, una pesadilla, algo jamás imaginado por el hombre en las últimas décadas. Ahora estábamos en cuarentena; esto vino acompañado de la falta de alimentos, insumos de higiene, limpieza, medicina, etc. Y con todo lo mencionado, también llegó la caída del poder económico, ni las máximas potencias mundiales podían detener el poderoso crecimiento de este monstruo infeccioso. Mascarillas, gel antibacterial, alcohol antiséptico entre otros implementos de bioseguridad, se volvieron parte del día a día de cada ser humano en esta tierra; todo aquel que quería evitar tener contacto con el covid, se cuidaba como más podía, incluso, los tés medicinales se volvieron parte de la alimentación diaria para subir las defensas y fortalecer nuestro organismo evitando ser presa fácil de un

contagio... pero, en un inicio muchos de nosotros no tomamos todas las precauciones, y es por eso que al igual que yo, cientos de miles y luego millones en todo el mundo, llegamos a padecer y sufrir por no poder respirar libremente, nos faltaba el majestuoso aire, el sagrado oxígeno, la bendita vida se nos quería ir de nuestro cuerpo y, lamentablemente a cientos y cientos de miles a nivel global, sí se les fue... miles no volvieron a respirar más, miles no pudieron regresar a su casa y ser un testimonio de vida para relatar lo que se siente vivir un tiempo con ese mal dentro de nuestro cuerpo, miles, incluyendo varios miembros de una misma familia ya no pudieron volver a sentir su corazón palpitar; pero la vida tiene grandes y pequeñas ironías y en tanto que la humanidad estaba azotada por una pandemia que nos mataba día por día en el planeta entero, por otro lado, en ese mismo planeta, en ese mismo astro verde y azul, la naturaleza, la flora y la fauna encontraron dentro de esta desgracia humana, un amplio espacio de tiempo para limpiar sus mares, sus ríos, sus campos, su cielo... sus pulmones; siendo así que, mientras gran parte de la humanidad daba su último suspiro, el planeta se tomó un maravilloso tiempo para darse una gran respiro... pero eso, es algo para otro relato.

Camila Cornejo

EN LA ADVERSIDAD

Sólo quisiera ser uno de los motivos tu sonrisa, quizá un pequeño pensamiento de tu mente durante la mañana, o quizá un lindo recuerdo antes de dormir. Soló quisiera ser una fugaz imagen frente a tus ojos, quizá una voz susurrante en tu oido...
Gabriela Mistral

¡Otra vez el pitido molesto de la tetera! Proviene del otro departamento. Gruñona, bajo para apagarla. Abro la puerta para entrar y lo miro; de nuevo recostado sobre su cama, durmiendo con tanta profundidad.

Despierta y sus ojos rodean el lugar con miedo, como si hubiese olvidado algo. Se ve aturdido, rápidamente se levanta y asustado va hacia la cocina.

Camino hacia él y pregunto:

- ¿Qué sucede? - Se demora cinco segundos al responder, pero con un tono de nervios, me contesta: –Olvidé la tetera en la cocina -.

En mi mente, pienso – No es la primera vez, - pero sonriendo le digo: - Prepara un poco de té –.

Regreso a mi habitación e intento concentrarme en mis actividades.

Han pasado los días y ahora lo noto un poco apenado. Veo sus ojos empapados de lágrimas, tal vez recuerda algo triste. Lo observo desde lejos, pero no me detengo a preguntar.

Una tarde lo miro frente al espejo hablando solo, diciendo – Te extraño -. Me acerco a él, necesito saber qué ocurre, pero me responde

su silencio porque sabe que lo descubrí. Estoy intranquila, pero no le insisto.

Al día siguiente, lo escucho de nuevo platicando solo, me acerco sigilosamente y veo que, entre sus manos arrugadas, acaricia los tonos en blanco y negro de una foto cuyo recuerdo guarda a una señora con traje blanco. Rápidamente sé de quién se trata; aquella mujer, es su madre. Mis ojos no tardaron en empaparse simplemente, caminé hacia mi habitación y comprendí la razón de su tristeza. Él amaba mucho a su madre, aunque ella no supo cuidarlo.

Para compensar la situación, tengo la idea de preparar un platillo especial, ¡Una lasaña! Lo invito a comer, y con entusiasmo dice – ¿Y ese milagro? - solo respondo – Me dieron ganas de cocinar -. La comida se acaba rápidamente, noto en su rostro, felicidad y eso me reconforta.

El tiempo pasa, y su actitud se vuelve más extraña, las conversaciones se tornan cada vez, más cortas y sus ideas parecen no estar claras. Por dentro mi angustia, invade mi mente. Desearía, saber cuáles son sus pensamientos, qué ideas rodean su mente.

Lo observo nuevamente recostado en su cama y de la nada, se levanta aturdido. Su mirada se torna perdida, desconoce el lugar. Preocupada y con el corazón acelerado voy hacia él. De repente, - ¿Quién eres? – me pregunta desconcertado.

Mis ojos no pueden disimular la tristeza de mi corazón, no puedo pensar, ni actuar en ese momento. Mis pies no reaccionan y mis manos comienzan a temblar. Él trata de recordar y luego de unos cinco minutos largos, dice mi nombre un poco asustado.

Anonadada lo escucho – ¿Qué día es hoy?, tengo que ir al trabajo – Y con mi voz temblorosa, le respondo, - Ya no trabajas, mejor recuéstate un rato -. Al caer la noche, comento la penosa situación con

mi madre. Ella toma el teléfono, marca al hospital y agenda una cita. Y la única persona que debe acompañarle, soy yo.

Al amanecer, aunque tengo miedo, veo que él está listo, lleva un traje distinguido, si algún extraño lo mira, pensaría - ¡Qué elegante! -. Nadie imaginaría lo que está sucediendo.

Apresurados, tomamos un taxi, y el silencio invade ese pequeño espacio que nos acompaña durante todo el camino. Al llegar a nuestro destino, no encuentro el rumbo y le pregunto a un guardia, - Tiene que subir al segundo piso, atravesar un largo pasillo y girar a la izquierda – me dice.

Mientras me voy acercando, mi mirada logra ver el letrero "Salud Mental". Nos quedamos ahí y esperamos escuchar su nombre.
La espera se torna larga y él sigue callado. De repente escucho su nombre y con angustia nos dirigimos al consultorio.

- Pasen, tomen asiento – ¿Cómo están? - dice la doctora con tanta normalidad.

La doctora nos comienza a preguntar qué sucede. Me detengo dos segundos y con un respiro hondo, le relato lo que está pasando.

Ella analiza la situación mientras escribe el expediente. Dice entonces, - Vamos a realizar, los siguientes ejercicios -.

Primero, comienza diciendo algunas palabras, él escucha detenidamente y repite, pero solo, puede recordar tres de ellas.

Luego, tiene que repasar las líneas de unas figuras geométricas, sus manos se ponen temblorosas y no puede hacerlo bien. Finalmente, debe responder a unas preguntas, toma el lápiz, pero solo puede contestar cinco.

La doctora analiza los resultados, y me siento impaciente porque desconozco el diagnóstico final.

- ¿Quién es para usted el señor? – pregunta la doctora. - Soy su nieta – respondo intrigante.

Con susurros me pide que me acerque. Y mientras miro la máquina de resultados, en voz baja me dice – Tiene principios de Alzheimer. Con el pasar del tiempo su memoria se deteriorará, tendrá dificultades para concentrarse, se confundirá y desorientará con los lugares-.

No sé cómo fue la expresión de mi rostro, pero algo dentro de mí, ya lo presentía. Ahora comprendo su silencio. Todos los recuerdos y aprendizajes desde que nací se guardaban en su mente y la mía, pero ahora sé que su corazón los esconde y si no los recuerda, precisamente es para no olvidarlos.

Al finalizar la consulta, nos retiramos y con un papel en mis manos me dirijo a comprar la receta médica prescrita. Al regresar a casa, mis ojos lloran, mi madre me escucha y entre su silencio y mi nostalgia, me abraza fuerte y siento sobre mis hombros sus lágrimas cálidas por enterarse de esta situación.

Él no sabe lo que pasa, no tiene ni idea, ¿Será mejor no decirlo?, dudo constantemente, no deseo arruinar su vejez, pero me duele verlo y saber que poco a poco, su físico y su mente se acaban. Mi único deseo es acompañarlo a él, no importa el tiempo o las dificultades. Pues el amor que le tengo, superaría cualquier cosa.

Alisson Regalado

CON AMOR, PAPÁ

Había pasado una semana y el dolor no cesaba.

- ¿Dolerá? ¿Qué pasa después de esto? ¿Quién me recibirá?

Falta media hora para mi terapia de diálisis y ya no me asusta. Pongo en reproducción mi canción favorita, Mercedes Sosa suena tan bella como la recordaba y, por un segundo, me asusta más el pensar que quizá no pueda escucharla nunca más.

Me despido de mis hijos y me encuentro con quienes me han adoptado como otra familia. Me resulta ya tan normal estar entre médicos, enfermeras y psicólogos. Tengo que cambiarme, voy al baño, me miro al espejo y no veo ni la sombra de la persona que solía ser hace un año atrás. Me siento triste, porque ahora la gente me ve con miedo.

Antes de que la enfermera me coloque las agujas, echo un último vistazo a mi brazo, que, en realidad, ya no lo es más. Tratando de seguir mi rutina extraña, enciendo mi pequeño televisor. Sin embargo, este ha dejado de cumplir su función, ha dejado de distraerme. En su lugar, me parece más atractivo ver a la gente a mi alrededor. En silencio me pregunto: ¿piensan lo mismo que yo?, ¿también los agobia la tristeza de estar aquí? O, ¿quizá tendrán la misma ansia del fin? Así como yo. Cuento cada hora, cada minuto, cada insignificante segundo que parece eterno para salir de aquí. Quiero largarme, estoy cansado.

Llego a casa, casi olvido que hoy es mi cumpleaños. Me parece increíble que a la entrada de mis 58 años mi reloj de arena ha agotado casi todo su contenido. Sé que mi familia ha preparado algo, pero yo no puedo más. Lo único que mi cuerpo me pide es descansar. Trato de dormir, pero los malos pensamientos siempre vuelven a mí, recordándome que casi es el final. Mis noches se vuelven días, mis días

no son más que un suplicio. Definitivamente, no, no puedo más.

Quiero levantarme, pero mi cuerpo ya no responde a mi cerebro. Por el contrario, este empieza a llenarse de recuerdos. Trato de obligar a mi cabeza a abrir mis ojos, pero no lo logro. Siento el dolor cada vez más fuerte, no se va. Siento como una aguja entra en mi brazo. Sin embargo, su contenido ya no surge efecto en mi cuerpo. Siento caricias, pero no puedo responder a ellas. Las palabras se enmudecieron. Con la boca llena de llagas, siento unas pocas gotas de agua en mi boca, pero estas no calman ni mi sed, ni mi hambre. Solo son un fresco placebo que engaña a mi impávido estómago.

Siento mi piel inflamada, rota, sangrante. Lo sé, es la muerte, esa vieja amiga que no me ha visitado en años. Sí, la misma que se llevó a papá, ahora ha venido por mí. Solo quisiera abrazar por última vez a mis hijos, darle el beso final a mi esposa, y decirles que todo estará bien. Decirles que los amo, pero lo sé, ya es muy tarde. Es la hora de dejarme ir. De repente los miedos se disipan, mi corazón deja de bombear y mi cabeza se olvida por un momento de todo, se apaga la luz que entra por mi único ojo y siento frio.

De repente, lo sé, sé que es el momento que he esperado. Dejo de luchar por no sentir dolor y este para. Dejo de tratar de sentir el sabor de algo. Dejo de luchar por tratar a abrir mis ojos y estos se alivian y así, de a poco, me dejo ir. Es irrevocable, ha llegado mi fin.

Mi amigo me espera, me levanto de mi cuerpo, pero este yace inerte en la cama. Por un momento, mi amigo me deja verlos a ellos, a mi familia, por una última vez. Entiendo su dolor, sé que me aman incondicionalmente y eso me ayuda a seguir. Mi amigo me tiende su mano y me asegura que no volverá a visitarlos pronto y eso me alivia. Empiezo a caminar junto a él y a contarle por todo lo que me ha hecho pasar en su espera. Y sin más que hacer en este mundo, me voy.

Ha pasado una semana más, el dolor ha desaparecido. El cuerpo ya no me pesa, mis dos ojos funcionan a la perfección. Me gusta este lugar, me he reunido con papá, lo cual me hace estar un poco más tranquilo. Sin embargo, a veces los extraño tanto que suelo observar abajo, a donde están ellos, les grito y les grito, pero sé que no me oyen. Espero que, si algún día leen esto lo sepan. Que sepan que los amo incondicionalmente hasta el fin, que siempre voy a cuidarlos, aunque ya no esté ahí, pero sobre todo que los extraño, aún más de lo que puedo soportar.

Esteban Pineda

PRIMERA Y ÚLTIMA

"Detrás de este triste espectáculo de palabras,
tiembla indeciblemente la esperanza de que me leas,
de que no haya muerto del todo en tu memoria."
- Julio Cortázar -

Te encontré de la misma manera en la que encuentras un trébol de 4 hojas, sin buscarlo, por un golpe de suerte caminando en la alfombra de la naturaleza. Largas conversaciones sobre cosas que no tienen sentido, se apoderaron de cada uno de los minutos que componen las veinticuatro horas del día, que tienen los siete días de las semanas que se convirtieron en meses, en donde tú y yo, éramos una incertidumbre. Aquella noche en la que te invité a pasar conmigo, lejos de malos pensamientos y de cualquier otro deseo carnal. Entre conversaciones un poco más profundas de lo que nos duele o nos causa miedo, fue que te descubrí, o mejor dicho nos descubrimos. No sé si la noche fue demasiado corta o demasiado larga, lo que sé, es que la volvería a repetir una y cientos de veces.

La mañana llegó, el ambiente entre los dos era agradable, pensábamos pasar el día juntos y así fue. Ese día, ya tarde, se convirtió en un espacio de conversaciones, música y licor junto a nuestros amigos, tertulia la llaman los entendidos. Entre risas y escapadas a mi habitación, justo después de comentar desde mi corazón un –parecemos tontos - en un beso fue que nos conocimos. Parecía que todo iba bien, pero ser una persona que comete errores constantes por falta de comunicación e impulsado por la ira, lo cambió todo. Esa noche la perdí.

Creí que podía, creí que sería lo suficientemente fuerte para que no me doliera, como ella me está doliendo. Desconozco qué siente y prefiero mantenerlo así. Mantenerme en la inopia, me ha funcionado como arma para defenderme de lo que siento. Ahora entiendo cuando Gabo escribió "Te quiero no por quién eres sino por quien

soy cuando estoy contigo" jamás dicha frase había tenido tanto sentido, pues en aquellos cabellos largos que aún habitan en mi cama, veo una versión mía que no conocía; una versión manejable y obediente. Imaginar sus ojos mientras mi boca escupe un - te odio - como un escudo con el fin de evitar que sigas influyendo en mí. Ella tiene una parte mía que nadie más tuvo, esa nobleza que ni siquiera yo conocía.

Ahora ya nada es igual, su confianza se fue de mí, la forma en la que me trata sigue siendo linda, pero, ya no es la de antes. Lo que parecía ser algo bonito, ahora está más cerca de una amistad, quizá es lo que el destino en verdad nos tenía preparado, aún tengo la intriga de qué hubiera pasado si no fallaba. Solo me queda decir que ya todo me parece extraño.

Roberto Hidalgo Averos

ANSIADA CUMBRE

Emilio ya había llegado al final de su vida. Ya no tenía con quién compartir los últimos minutos que le quedaban en este mundo, solo tenía que esperar que el último latido de su corazón le de la despedida a la eternidad.

Se sienta en su mecedora al lado de una chimenea que le provee calor y armonía. Ese será el rincón que lo verá desvanecerse. Mientras cerraba los ojos, el sonido de las brasas lo hacían imaginar uno de sus tantos paseos en el bosque cuando pisaba hojas secas del sendero hacia la montaña. El silencio de su hogar, lo hacían escuchar hasta el latir de su ya débil corazón, cuando se agitaba en los tramos inclinados del camino.

Emilio abre los ojos

Se cuestiona lo que pasa por su mente en ese momento, no sabe si está intentado reemplazar su soledad y su falta de paz con una ilusión. Sin embargo, era lo único que podía hacer hasta pasar al lugar desconocido por todos y ansiado por algunos.

Vuelve a cerrar los ojos, al entrar en su mente, aparece de nuevo en el sendero de hojas melódicas. Continúa caminando entre árboles y matorrales secos, bajo un extenuante pero cálido sol. Hace tiempo que no sentía una sensación tan venerable en su piel, parecía como si se dejase bañar por los rayos y ellos caían por su piernas hasta dejarlo limpio de enfermedad y de conciencia.

Le costó seguir su camino, pero la emoción por conquistar la cumbre de la montaña, lo hizo avanzar en su travesía.

Los tramos difíciles le recordaron a pasajes de su vida, en la que iba perdiendo cada parte de él: sus derrotas, sus desamores,sus desilusiones, los bajos y altos, los años, la razón. A pesar de tanto dolor y

martirio, no cayó, cortaba espinas y arrojaba rocas fuera de su ruta, nada lo alejaba de su destino al que llegaría al esconderse el sol.

Todo era tan real para ser una alucinación, sentía el peso de las rocas, el arañazo de las espinas; sentía los pies cansados y las ampollas en los dedos; sentía el fin de su existencia en la cumbre de esa montaña. No estaba asustado, ya lo había aceptado.
Logró vencer esos obstáculos y siguió adelante. Una gran cuesta y el cielo pintado de tonos naranja, indican el final de su destino.

Los escasos metros que lo alejaban de la ansiada cumbre lo hicieron recordar logros que lo hacían sentir más energía e impulso para subir: el crecimiento profesional y personal, la paz que ya había encontrado, el amor que lo había correspondido y su sensación más presente que era la cumbre, la cumbre, la tan ansiada cumbre.

Cuando por fin llegó, dejó salir un suspiro de alivio, divisó el paisaje más primoroso que había visitado, con frondosos árboles y mini riachuelos que se observaban mínimamente por el reflejo del cielo en sus aguas. Vió las nubes que formaban figuras y desaparecen. Sintió una brisa reconfortante en su rostro y se sentó en la orilla de una enorme roca.

Con los ojos fijos al horizonte y una lágrima, despidió el día, al sol, a las hojas secas que cantaban y a los pajaritos que ya dormían. Se despidió de sí mismo y por último cayó al vacío dando fin a su alucinación.

Emilio ya no volvió a abrir los ojos y la chimenea lentamente se apagó con él.

Nicole Gurumendi

AMOR DE HIEL

Tan sencillo como dedicado para mí
"La caza de amor es de altanería."
-Gil Vicente

Aquella madrugada de viernes llovía y hacía un frío estremecedor, mientras Renata continuaba recostada en su habitación con lágrimas en los ojos, mirando hacia un costado de la cama, pues no pudo dormir en toda la noche, porque esperaba a su pareja, Joan, con quien mantenía una relación de más diez años, y que fruto de ese amor estaba Irán, un pequeño de siete años, quién esa mañana se aproximaba silenciosamente hacia ella.

De repente, Irán se lanzó a la cama y asustó a Renata, ella lo miró y se le dibujó una sonrisa en su rostro melancólico.

- Mami ¿por qué lloras? – desconcertado le pregunta Irán.
- Por nada mi amor, es solo que me has asustado, no te preocupes…
- Bueno mami, venía a desearte ¡Feliz cumpleaños! Te quiero mucho y mira lo que te preparé con papi.

De entre la espalda del niño comenzó a aparecer una caja decorada llena de dulces, junto a dibujos hechos por él, donde estaban Renata, Joan e Irán.

Renata aún más nostálgica, tomó fuertemente al niño y lo abrazó con gran desesperación, mientras Irán casi asfixiado en su pecho trataba de cantarle las mañanitas.

Unos segundos después suena el despertador y este marcaba las siete de la mañana.

- Es hora de que papi vaya al trabajo ¿y dónde está él? -dijo Irán.

Renata en voz baja y casi susurrando le responde que su padre ha tenido que irse al trabajo muy temprano, pero que volverá en la tarde y estarán todos juntos.

- Mmm…Está bien, te quiero, mami. - le responde Irán.

Por el corredor se escuchó un ligero ruido y una presencia se aproximaba a la habitación. La puerta comenzó a abrirse lentamente y Renata volteó a ver con la esperanza de que fuera Joan, cuando un pequeño felino blanco saca la cabeza entre la puerta; lanza un maullido y se recuesta en la cama.

En ese momento, Renata desilusionada solo bajó la cabeza y emitió un leve un leve suspiro, pero Irán fue detrás de su gato y lo abrazó.

- Mira mami, Polito también vino a verte. -dijo Irán.
- Sí, mi amor, Polito…
- Mami, mami ya me voy a la escuela. - dijo Irán.
- Es cierto, cariño… bajemos a desayunar.

Los dos desayunaron, hasta que el recorrido escolar comenzó a pitar fuera de la casa.

- Mami, mami ya me voy a la escuela. - dijo Irán.
- Cuídate y toma tu abrigo que sigue lloviendo.
- Chao, mami.
- Cuídate y toma tu abrigo que sigue lloviendo.
- Chao, mami.

Mientras Renata cerraba la puerta principal, volteó la mirada hacia un cuadro familiar, ubicado en la mesa, gateó hacia él, lo abrazó con fuerza y de sus ojos nuevamente se desprendieron lágrimas.

- ¿Por qué? ¿por qué me haces esto? - se preguntaba Renata, mientras pasaba su mano por la fotografía de Joan.

Minutos después, en la habitación suena su celular. Ella corre apresuradamente y contesta la llamada sin ver el contacto.

- ¿Aló? – responde Renata.
- Buenos días, con la familia del Sr. Joan…
- Sí, soy su esposa
- La llamamos del trabajo de su marido, porque no ha llegado y lo estamos esperando…
- Ah…

Renata temblando, cuelga la llamada e inmediatamente le marca a Joan, pero este no le responde y continúa llamándolo unos minutos. Más tarde, cansada de esperar, deja el teléfono de lado, se recuesta sobre el suelo y cae en un profundo sueño.

Cuando despierta, mira al gato ronronear junto a ella y en seguida suena el timbre de la casa, una y otra vez sin parar. Ella abre la puerta y era Joan, este entra a la casa y sin decirle nada la empuja y pasa a recoger sus cosas.

- ¿Qué haces? ¿Dónde estabas? - exclamó desconcertada Renata.
- No creo que lo quieras saber ja-ja. -respondió grotescamente Joan.
- Dime, tengo que saberlo.
- Mira Renata, ya lo hemos hablado y lo nuestro no funciona… nuestro hijo puedes quedártelo, no tengo ningún problema.
- ¿Cómo dices eso?
- Entiéndeme, Renata…

Renata destrozada cae al suelo y se arrodilla frente a él y le suplica que no se vaya.

-No te humilles más y déjame ir, Renata por favor…
- ¡No! Joan, tú no nos puedes dejar así…

- ¡Suéltame!, no lo hagas más difícil.

Inmediatamente, Renata corre y cierra la puerta de la habitación, pero él la golpea en la espalda y ella cae adolorida.
Joan aprovecha la situación y sale apresurado con sus maletas, empero por un momento se detiene en las escaleras de cristal y voltea a ver si Renata lo persigue. De la nada, aparece el gato y se envuelve entre sus piernas y al intentar dar un paso, cae fuertemente de un lado hacia otro.

Después de ello, Renata alarmada por los ruidos, va hacia las escaleras se percata que una de ellas se ha roto y al final ve a Joan ensangrentado; corre hacia él para ayudarlo. Se arrodilla y lo abraza, pero nota un cristal atravesado en su pecho.

-Te amo, Beatriz…- dijo agonizando Joan.

La mujer todavía con lágrimas en los ojos y llena de odio, toma el cristal de su pecho y lo clava aún más, mientras Joan solo alcanzó a emitir un sutil quejido de dolor. Enseguida, dejó caer el cuerpo del hombre a un lado, tomó las llaves del auto de su pantalón, lanzó un escupitajo y fue a su habitación, en tanto que, el gato olisqueaba el cuerpo cubierto de sangre en medio del pasillo.

Minutos después, Renata volvió con un par de fundas plásticas negras, en las cuales envolvió el cuerpo de Joan, a la vez que el gato se limpiaba las patas de sangre con su hocico. Este acto le produjo asco y comenzó a percibir un ambiente nauseabundo. Sin esperar más, limpió el pasillo, las escaleras, se cambió de ropa y con una risa malévola, tomó por los pies a Joan y lo arrastró hasta la sala, donde lo cargó y lo llevó hasta la cajuela del auto.

Una vez embarcados en el auto, Renata manejaba por una autopista desconocida, acompañada de música a todo volumen. Así recorrió varios kilómetros fuera de la ciudad, hasta que llegó a un

lúgubre bosque de pinos, que en sus copas se posaban aves carroñeras, viéndola impacientes. La mujer solo arrastró el cuerpo hasta un lejano pantano y lo empujó con desprecio, mientras se hundía lentamente, ella lanzaba un par de carcajadas.

- Ahora descansa, mi amor… Te amo. -susurraba Renata.

A medida que se alejaba del lugar, solo venían reminiscencias de aquel hombre a su mente; pero miró su reloj y recordó que debía volver por Irán. Así que condujo lo más rápido posible hacia la escuela. Un poco antes de llegar, lo miró de lejos y fue en dirección del mismo; apresurada lo llevó hasta el auto y lo miró con gran felicidad.

- Te tengo una sorpresa mi cielo, nos vamos de vacaciones a la playa. -suspiró Renata.
- ¿Y papi? -dudoso dijo Irán.
- Él nos alcanzará más tarde, no te preocupes.
- ¿Y Polito?
- Está en el asiento trasero, así que vamos. -arrancó el motor del coche.

Irán y Renata muy alegres emprendieron un largo viaje. Y a la mañana siguiente, ya estaban en la playa. Irán agotado por el viaje, dormía en el asiento del copiloto, mientras su madre condujo toda la noche.

-Irán, mira al fin hemos llegado. -dijo Renata.
Juntos bajaron del auto y corrieron a sumergirse en las aguas saladas, hasta que de pronto suena el celular de Renata, ella responde con normalidad, cuando una voz al otro lado le decía:

- Hola, Renata, soy yo… y voy por ti, es mejor que no falles esta vez…

Renata, sin palabras y temblando solo dejó caer el teléfono en la arena y se arrodilló lentamente, mientras sentía nublarse su alrededor.

Leonina Chicaiza

Y EL AMOR ¿POR QUÉ NO ES AMOR?

Caminó fuera de perímetro del colegio y unos amigos le esperaban.

- Qué lindo tu carro.
- Es que como ya estoy camellando, ahora uno sí puede darse ciertos lujos.
- Ya pues, ponte unas bielas.
- ¿Unas bielas? Saca eso que está debajo del asiento. Es un regalo para ti, que siempre has andado a pie.

Lo miró con cierta desidia, pero ahí estaba el néctar, el bendito licor que los acompañaría hasta la mañana siguiente.

Vagaron por los barrios prohibidos, oyendo (pero no escuchando) la música de rigor. El paisaje cada vez se pintaba más intrincado; curvas, chapas acostados, chapas de pie. El ron es un buen consejero cuando la noche se pinta de tantas luces artificiales, de tantas melodías fatuas que, cuando dan las doce, se tornan nocivas, luego de haber brindado tanta satisfacción.

- Y, ahora ¿Qué hacemos?
- No sé. Honestamente, quiero volver a la casa.
- Entonces ¿Para qué me esperaste afuera del colegio?
- No sé. Pensé que la noche sería tranquila.
- Tranquila… Vamos a una ferretería. Quiero pintar esta noche.
- No. No quiero tener problemas. Tú siempre quieres irte más allá…
- Más allá de dónde, si acaso yo te fui a buscar. ¿O sí?

El auto siguió su curso, como si supiera a donde se va, solito, llegó a La Ferro. Comieron salchipapas los panas, como que no hubiera más qué desayunar en sus casas al amanecer; pero comieron aquello que les hacía sentir bien. Salsa de tomate, mayonesa… El que más, se puso ají, del que pica, para sentirse un poco más vivo, y abordaron

nuevamente la nave que iba y volvía sin sentido hasta llegar

- ¿Ahora sí vas a tomar?
- Sí. Pero si trajiste las latas que te pedí ¿Verdad?
- Jajajá… Este man ya está chumado.
- Entonces ¿Me bajo?
- Ya nos bajamos todos… ¿Cómo es qué se llama tu pelada?
- Laura...
- Bueno, muchachos, este es el momento… Pero tú ¿Qué vas a poner?
- "Nuestro amor será eterno"
- ¿Seguro?… Tú sabes que el amor eterno en una pared no dura más de seis meses. Y te veo decidido a que nos cojan los chapas por hacer una niñería. Gastas plata, persona y seguridad por una niñería. ¿Seguro?
- Que lo vean todos; sus vecinos, la policía y hasta su madre.
- Mal chumado, pero bueno. Esto no va a ser en vano. Muchachos, ya lo oyeron "lo escrito, escrito está".

El despliegue del arte fue infinito. Muchas manos y muchos colores diseñaron un nombre en medio de esa pared tan solitaria, que se llenó de vida luego de ese gris tan sobrio que dejaron los albañiles. Los vecinos salían a las ventanas y, muchos, se santiguaban ante tal vandalismo; otros se alegraban por ver una muestra de arte insurgente, un arte de amor, en su barrio. Nadie dijo nada.

Una patrulla pasó y los hizo poner contra la pared.

- Señores, buenas noches ¿Qué es eso que están poniendo ahí?
- Mi sub, sólo una declaración de amor.

Algunos vecinos cerraron las persianas, mientras otros vitoreaban a los artistas.

- Es un mensaje en contra del Gobierno ¿Cierto?

- No. Es una declaración de amor.
- A ver. Circulen. Les damos 5 minutos para retirarse del lugar.
- ¿Qué fue? ¿Vas a escribir lo que te falta?

Y así escribió: "Nuestro amor será eterno", con una letra que solo ella podía entender.

Emprendieron la huida y volvieron horas y botellas después para verla salir de su casa, hermosa, como siempre.

- Y ¿Vas a volver? - le preguntó el amigo, dueño del alcahuete vehículo- ¿La volverás a buscar?
- El tiempo pasará -dijo él- El tiempo pasará…

Y el tiempo pasó.

FIN

Josuany Castillo

POSESIÓN PASIONAL

"Existen preguntas cuya respuesta será revelada únicamente en el umbral de la muerte".
—David Olmedo Guillén

En los días previos a la noche en la que terminaba el verano, una expedición francesa llegó a deleitarse de la majestuosidad del complejo de Stonehenge. Permanecieron allí por varios días. El grupo estaba conformado por seis jóvenes oriundos de París. Durante su estancia, habían acampado en los campos aledaños.

La noche más oscura, Elena, la chica más aventurera del grupo, se separó del resto de sus compañeros para explorar los alrededores por su cuenta. Recorrió los senderos por más de una vez. Tenía la consigna de conectarse con toda la historia y el misticismo que envolvía el lugar. Su padre le había contado acerca de una celebración celta llamada Samhain, que los cristianos consideraron pagana y que anularon sobreponiendo sus creencias. Elena se disponía a regresar para descansar, pues era más de medianoche y temía que sus compañeros estarían preocupados. De repente, un gran resplandor carmesí se erigía del centro de las rocas que estaban alineadas desde hace milenios. Deslumbrada, decidió acercarse para echar un último vistazo. Con cada paso que daba, la luz se iba tornando más fuerte. Cuando llegó al perímetro de la primera piedra, la luz comenzó a atenuarse y un viento frío le recorrió el cuerpo. Pudo divisar que en pleno centro de Stonehenge se encontraba una antorcha encendida. Caminó hacia ella. Mientras más se acercaba, sus pasos se hacían más pesados y dificultosos. Su corazón latía como si se le fuera a salir del pecho. Cuando se sintió totalmente abrumada, juntó la poca fuerza que le quedaba para regresar. Pero era inútil. Sus pies se levantaron del suelo. Unas manos ardientes, que no podía ver, la tomaron de su cintura y la transportaron hacia la antorcha. Perdió el sentido. En ese momento, siluetas de ángeles caían abruptamente al suelo y la luz carmesí se extendió hasta el cielo.

En el campamento, dos de sus compañeros se percataron que Elena no estaba y salieron a buscarla. Uno de ellos, Antoine, en varias ocasiones le había confesado su amor. Al no encontrarla con el resto de campistas, les despertó una ansiosa preocupación. Los hombres sabían de todo el interés que el complejo despertaba en ella y estaban convencidos que la encontrarían en el monumento. Llegaron exactamente cuando el reloj marcaba las tres de la mañana. Miraron a través de las rocas, pero ella no estaba allí. Siguieron recorriendo los alrededores hasta el amanecer, sin hallar rastro de la joven. La luz del día tenía tanta fuerza como si el sol no hubiera salido por el este. Preocupados, regresaron al campamento solamente para encontrar a Elena profundamente dormida en su tienda de campaña.

Pasaron los días y el grupo regresó a la capital francesa. Elena volvió a su pequeño departamento de estudiante. La joven estaba cursando sus últimos años en La Sorbona, histórica universidad parisina. Justamente, lo aprendido en la expedición le serviría para su trabajo de titulación. Eran sus últimos días universitarios y pasaba casi todo el tiempo entre aulas y bibliotecas.

Antoine la buscaba. Pese a que, en el pasado, no lo quería ilusionar y se mostraba esquiva, tampoco se le hacía fácil dejar ir a un buen amigo de infancia. Ello sumado a la soledad que sentía por la reciente pérdida de sus padres y de su hogar, le hacía considerar una relación con él. Quizá no iba a ser muy pronto, pero la posibilidad se iba alejando de lo remoto cada vez más, aunque titularse era su único objetivo concreto. Así, la carga académica demandaba que los jóvenes vayan entregando a sus maestros los resultados de su investigación. Durante un mes y medio, Elena y Antoine trabajaron en conjunto, escribiendo lo que habían vivido en aquel mítico lugar.

Un día, en el que los vientos de otoño se sintieron más intensos que de costumbre, Elena llegó a su departamento apenas se había puesto el sol. Había roto la rutina, ya que acostumbraba a llegar con ánimos que le alcanzaban solamente para dormir.

Tuvo la oportunidad de leer un libro que guardaba en su mesa de noche desde hace ya varios meses. Sin embargo, un juego de palabras detuvo su lectura. Le recordó sus apuntes y le hizo volver a su cuaderno de la universidad.

Esa no era una noche en la que le haría bien releer lo escrito. Pero, al pasar las hojas, advirtió que una de ellas tenía un color de tono carmesí. Regresó y encontró que, como un sello antiguo, se había impregnado la frase "siempre en la eternidad". Eran las letras más bellas que había visto; le recordaban antiguos manuscritos con los que ella y su padre se deleitaban en su niñez. Inmediatamente, pensó que se trataba de un detallista Antoine en la búsqueda de conquistarla.

A la mañana siguiente, Elena llegó a su salón de clase y no pudo salir de la duda, pues Antoine no había llegado. Habían acordado que por la tarde acudirían con su tutor para resolver temas urgentes. La joven comenzó a inquietarse cuando se acercaba su tutoría y Antoine no llegaba. Sufrió un terrible momento; el muchacho no llegó nunca, su profesor lo tomó como un desplante y se negó a atenderla a ella sola.

Elena volvió a llegar temprano a casa; pero, esta vez estaba furiosa por lo sucedido. No podía creer que Antoine, sin ninguna excusa, haya faltado a su cita. Se dispuso a descansar, no sin antes arrancar la hoja carmesí de su cuaderno de apuntes.

Esa noche le otorgó el tiempo para tomar un baño de tina para relajar su mente e ir a la cama. Se despojó de su suéter y su pantalón y entró a su baño para quitarse la ropa interior. Abrió los grifos y, al sentir una temperatura agradable, posó su cuerpo dentro de la tina. Encendió un par de velas y derramó un chorro de esencias en el agua. El vapor comenzó a empañar el espejo y los azulejos. Era el baño más confortante que había tomado en mucho tiempo. Distendió tanto su cuerpo que comenzó a adormecerse.

Todas las sensaciones juntas se volcaron con más intensidad sobre su cintura. Los aromas consiguieron embriagarla y, en medio de ese estado, sintió los brazos por los que levitó en Stonehenge. Nada importaba, nada tenía sentido. Aquellas manos, que ahora comenzaban a acariciar todo su cuerpo, era todo lo que Elena podía sentir. Sin embargo, al llegar a su cabello, suave como el terciopelo, las caricias se detuvieron.

La joven comenzó a volver en sí y el vapor comenzó a dispersarse. Una fría corriente de viento había invadido el cuarto de baño. Ya no era plácido permanecer en el agua. Elena tomó su toalla, se envolvió en ella y salió hacia su habitación para buscar su cepillo de cabello. Sin dejar de sentirse helada, regresó a su baño para trenzar su cabello. Pero lo que vio la dejaría sin aliento: siempre en la eternidad había sido pintado con su lápiz labial sobre el espejo y con la misma letra impregnada en la hoja carmesí.

Elena, aterrada, corrió hasta la cocina y tomó un cuchillo. Estaba convencida que Antoine había irrumpido en su hogar para acosarla. Sentía que eso dejó de ser un cortejo. Se dispuso a llamar a la policía; pero, antes que pueda cruzar la puerta, sus ojos se deslumbraron por aquel mismo resplandor que la estremeció meses antes. Provenía de la mesa del comedor. Con lerdos y torpes pasos se acercó. Todo lo que había era un plato en medio. Elena vio un pedazo de carne palpitando. Se trataba de un corazón aún latiente… ¡vivo! No podía creer lo que sucedía. Su tembloroso cuello le decía que estaba perdiendo la cordura. Logró salir de allí, solamente para ver que el resplandor había cobrado forma humana. Este ser levitaba por encima de la mesa de noche, con sus piernas cruzadas y escribía sobre la hoja carmesí.

Se presentó con el nombre de Angus. Era un hombre con cabello muy rubio y rizado. No tuvo reparo en decirle que el corazón que había visto en la cocina era el de Antoine. Le explicó que se lo devolvería a su dueño siempre y cuando ella lo acompañe en su viaje

a través de los siglos. Desde su encuentro en Stonehenge, él la había elegido. Angus había recibido el permiso de los dioses para tomar una mortal y llevarla con él al encuentro con el amor eterno.

La joven no podía soportar todo lo que acontecía. No estaba dispuesta a entregar su vida a un completo desconocido por mucho que haya podido ofrecerle. No se imaginaba ni el más allá ni la eternidad. Tal vez, ese ente que profesaba el amor de los dioses no sabía nada del amor de los hombres. Por ello, en un mínimo instante de lucidez, Elena decidió empuñar nuevamente el cuchillo, pero ahora lo iba a usar en su mismo cuerpo, pues en la deidad no serviría de nada. Así, clavó el cuchillo en su corazón, casi como en recompensa al corazón de Antoine.

Indignado por el actuar de Elena, Angus acudió a devolver el corazón del joven, pensando que esa decisión la conmovería. Pero no lo consiguió. Antoine, quien había sido atacado mientras dormía, recibió su corazón casi sin darse cuenta. Lo que siempre se preguntó fue qué había sucedido con su amada Elena. Sin embargo, no se había percatado de algo. Elena estaría con él, de un modo u otro, siempre en la eternidad.

Byron Díaz Paredes

EL DESCONSUELO EN UN HIJO

Ella se encontraba allí, ocupada en un rincón de la casa, recogiendo su ropa. Esa ropa que lleva impregnada el olor a hierba recién cortada. Junto a ello, unos zapatos abandonados llenos de barro; aquel calzado que ha recorrido una vida sin sabores intensos, sin nuevos atractivos más que una dura soledad con lodo seco y paja fría; sin embargo, en la mesa siempre un plato de comida con el que alegraba los corazones de los pequeños. De aquellos recuerdos, ya hace mucho.

Fue hace algún tiempo que recibimos un llamado de su parte y pasó mucho más esperando una respuesta nuestra. Ella, simplemente, comprendía que teníamos cosas por hacer. Quizá no lo tomamos en serio en ese momento, pero ahora, viéndola impaciente desde ese mismo rincón, con los ojos agotados y un dedo puesto sobre los labios, el golpe de que algo no estaba bien toca la puerta. La quietud del ambiente se asemejaba al silencio que se presenta en el páramo después de llover, pese a esa paz, parece que la tranquilidad soportó mucho hasta quebrarse.

- ¡Muévanse recogiendo su ropa! - Gritó nuestra madre.

Esos recuerdos y muchos más llegaron como tormenta a nuestras vidas. Cuando nos dimos cuenta de que todos nuestros errores, más allá de cualquier pensamiento oscuro que navegara por su mente, eran desvanecidos como arena en el desierto. Por ende, su don de ser nos volvía a recordar el gran ser humano que es. Lo supimos cuando de pronto, como si por dentro llevará muchos sentimientos atorados en su garganta, comenzó a dar gritos fúricos en nuestra contra. Empezó a llamarnos a cada uno por nuestro nombre y con lágrimas en sus ojos revelaba el dolor que tenía con los problemas económicos que envolvían a nuestra familia. La calma del lugar se volvió una tempestad, pues fuimos nosotros quienes sacamos los defectos de nuestra madre y en respuesta a sus gritos, generamos

una discusión agresiva.

- ¡Llegará el día en que no vendremos a verte! Le expresé mientras azotaba la puerta de mi cuarto.

En la mañana siguiente, nuestra madre lucía bien físicamente, pero por dentro estaba devastada por las peleas que tenía con nosotros continuamente. Esos disgustos eran para ella como manchas que se pegan en la ropa. Mi madre pensaba mucho sobre aquello, como si tuviera un río profundo de recuerdos; sin embargo, siempre volvía a incorporarse a la realidad. Antes de salir a nuestros respectivos oficios, se inclinaba un poco hacia adelante, intentaba cubrirse la cara con su saco. Tal vez no quería que notáramos que no había sonado su nariz y que tenía lágrimas en sus ojos. Nos dijo enfáticamente: "no volveré a sonreír".

Al salir al patio con mis hermanos, nadie dijo nada. ¿Acaso todavía podíamos llevar pensamientos en común? Tal vez pensamos que no sería oportuno iluminar el ambiente con una conversación entre hermanos. Probablemente nuestra madre deseaba estar sola, sentada en algún rincón sombrío, tejiéndose la última trenza. Parecía ser lo único que la mantenía alejada de su realidad.

Trabajando juntos en una granja, sumergidos en el profundo olor de los animales, nos sentamos a pensar en ella. Lo habíamos hecho otras veces, llegamos incluso a considerarla como una rutina de hermanos para todos los días. Sin embargo, aquella mañana tenía un toque especial, ella había dicho que no volvería a sonreír. Esas palabras perturbaban nuestras mentes y oscurecían el camino por el cual nos dirigirnos entorno a nuestra actitud.

Buscamos una mesa en forma de triángulo, ahí imaginábamos a nuestra madre gritándonos o amenazándonos con sacarnos de la casa. Queríamos que note el paso del tiempo que recorría por nuestras vidas, y lo escaso que queda de él para tenernos cerca. Si por lo

menos pudiéramos retroceder el tiempo a cuando éramos unos niños... pensábamos a coro. Pero la queríamos así, malhumorada e indiferente, con una forma oscura de pedirnos perdón por sus errores del pasado.

Nuestra madre era la persona más perfeccionista de la casa. Siempre siendo una esposa amorosa y una inquilina responsable de tener su paga puntual. Sin embargo, después supimos que lo único que la conservaba intacta era el miedo al olvido, a esas despedidas que se vuelven vacías con el tiempo. Llegamos de noche a la casa, la vimos acostada sobre el suelo, la levantamos por los hombros. No estaba pesada como sus regaños por dejar el cuarto desordenado. Al contrario, la sentíamos tan liviana como la hierba que solía cargar para alimentar a los cuyes.

En ese momento, no sentimos su mirada sobre nosotros y una sensación inquietante recorrió por todo nuestro cuerpo. Su rostro ya estaba apagado. Entre todos colaboramos para colocarla sobre la silla; aún se podía sentir un aire de despedida.

Un hombre que estuvo de paso nos dijo: "muchachos su madre está muerta" mientras sostenía su gorra en sus manos y nos miraba con aflicción. ¿Pensaría que eso nos iba a consolar? Se quedó unos minutos con nosotros hasta que sintió que su presencia no era necesaria. Bastaba con la expresión de mi madre. Aún en ese estado se podía sentir la misma seriedad con la que recorría los pasillos de la casa a media noche; ella observaba que estemos dormidos mientras sentíamos su mirada como un cálido manto protector.

Aquella noche nos pusimos a reflexionar sentados en el patio, comprendiendo ahora que mamá no volvería a sonreír. Nos dolía profundamente, más que el día que la vimos sentarse en un rincón. Pues ahora esa escena se repite, pero con una despedida final.

Recuerdo que, durante una pelea, la oí decir que llegará el día en que

no la volveremos a ver caminando cerca de nuestros cuartos. Esas palabras se nos clavaron como una daga en el pecho. Al principio, tomamos esas palabras como un castigo por nuestras actitudes, tal como una madre lo haría con sus hijos. La habíamos visto durante años realizando su guardia por los cuartos, sin detenerse, sin mostrar dolencia alguna.

Llegó el momento en que la encontramos recostada, moribunda en una silla. Se veía llena paz, como si fuera la primera vez que iba a dormir en su vida. El resto del tiempo lo pasamos en negación, estábamos seguros de que debía faltar mucho tiempo para eso; sin embargo, los tres -sentados en el patio- deseábamos con todas nuestras fuerzas poder escuchar algún llanto de ayuda o sus últimos deseos. Desde esa noche, no volvimos a sentirnos seguros para soñar sobre una almohada. Nuestra casa jamás volvió a estar completa.

Edison Fuelantala

EL PINCEL

"Mas... ¿Lo que fue? ¡Jamás se recupera! ¡Y toda primavera que se esboza es un cadáver más que adquiere vida y es un capullo más que se deshoja!"
Alfonsina Storni

Con moderación, las espesas nubes abandonaron sus pequeñas gotas brillantes. Solas, caían y rodaban perdidas sobre las tejas de San Antonio. Las calles se transformaron en cuerpos humeantes a causa de la fricción provocada por los coches. Al rededor del parque Eleodoro, en el centro del pueblo, descansaban los tradicionales tallados de madera: mendigos, jarrones, cofres, marcos, y santos. Todos protegidos por los vidrios de los negocios. Las familias artesanas del lugar habían heredado la habilidad y el conocimiento de tallar desde finales del siglo XIX.

Los santeros, reconocidos artesanos por sus retablos y altares para iglesias, casi habían desaparecido por el ajetreado paso del tiempo. Héctor, a sus setenta años, era el último de ellos. Él vivía cerca de las viejas rieles del tren, un lugar poco transitado, donde la maleza de flores moradas crecía sin preocupación. Su casa, una antigua estructura de barro con altas y anchas paredes, ocultaba una pequeña construcción en el patio trasero: el taller, un sitio para crear o recrear con total comodidad.

El techo del taller ya no tenía sus antiguas e inseguras tejas, pues fueron intercambiadas por una gran estructura de metal. La luz del lugar era idónea y el ambiente muy acogedor. En su interior, Mía y Emmanuel, nietos del último santero, trabajaban con mucha diligencia, mientras él buscaba algunas herramientas en la vieja casa.

Hace tiempo que la familia de Héctor había pasado por un momento muy delicado. Sus seres amados fueron arrebatados del mundo físico a causa de un mortal accidente. Quebrado, no tuvo más que

repararse así mismo para poder responsabilizarse de sus nietos. Desde entonces procuró siempre enseñarles todo lo que sabía de su profesión y su pasión: el arte del tallado en madera de nogal.

El día continuó. Las gotas de las espesas nubes empezaron a enfurecerse. Chocaron con fuerza sobre el techo del taller y consiguieron distraer a los jóvenes artistas de sus actividades.

—Parece que se cayó el cielo ¿No? —le dice Mía a su hermano.

—Al parecer. Qué molestia —contestó Emmanuel, mientras limpiaba su pincel favorito—. Continuemos, que pronto regresa papá Héctor.

La muchacha observó con detalle su pedazo de madera perfectamente trabajado. Satisfecha al lograr la forma que quería, buscó un pequeño banco para descansar. Con atención, se dedicó a escuchar la torrentosa lluvia. Emmanuel, por su lado, gastó todo su esfuerzo en agregar los últimos detalles a su pintura, pues para él siempre predominó el pincel frente al cincel. Eso no suponía un problema, ya que Héctor, aunque se identificaba como artesano, también dominaba la creación de cuadros armoniosos, estéticos y expresivos.

Héctor atravesó con rapidez el patio, encorvado y con las manos ocupadas por las herramientas, cuidó de no empaparse mucho. Golpeó con el pie la rechinante puerta. Entró y la cerró con la espalda. Desocupó sus manos de inmediato para poder frotarlas, ya que estaban un poco rígidas por el frío.

—Tremenda lluvia, como nunca. Ojalá que aguante la casa y el taller —les dijo a sus jóvenes aprendices. Se acercó despacio a Emmanuel, analizó lo que había pintado y después de unos minutos le comentó— Tu pintura está bien, pero no te arriesgas Manu, ¿Y si decides tallar?

Emmanuel sin respuesta alguna, dejó de ver con cariño su pintura que tanto le había costado. Luego, con paciencia, el artesano escudriñó la nueva obra de su nieta. Descubrió que le había quedado impecable.

—Lo hice, apliqué tu técnica tradicional al pie de la letra —le dijo la muchacha, mientras le brillaban los ojos.

—Te quedó para vender. El domingo que viene la sacamos a la feria.
—¿Sólo ésta? —le preguntó exhausta.
—Sí, es la más prometedora.

En cambio, para Emmanuel, las cosas se volvieron grises. Su pintura realista del Taita Imbabura se redujo a tiempo y esfuerzo perdidos. El rechazo de su abuelo lo enfadaba, su rostro no podía ocultarlo. Con furia tomó el pincel, lo sumergió en el primer color que se le atravesó, para luego utilizarlo sobre el lienzo ya trabajado. Garabateando con fuerza, en todas las direcciones posibles, arruinó por completo el cuadro.

—¡Ahora sí que te has convertido en un verdadero artista de admirar! —le gritó desconcertado y con tono sarcástico a su nieto.

—No tengo las habilidades que deseas —musitó el muchacho decepcionado. Arrojó al suelo los materiales y huyó del lugar a pesar del clima hostil de allá afuera. Mía, en silencio, presenciaba sutilmente la escena.

Héctor se masajeó las sienes por un leve dolor que invadió su cabeza. Intentó sentarse pero un resbalón lo arrojó de espaldas sobre las herramientas que había dejado. Por la fuerza del golpe, un formón se acomodó de tal manera que ingresó y se incrustó en su cuerpo. La joven, asustada intentó ayudar a su abuelo, llamó de inmediato a una ambulancia. Mientras esperaba, sostuvo la cabeza de su pobre papá Héctor. Con un nudo en la garganta, rogó para sus adentros

que Emmanuel regresara pronto.

El anciano santero apenas veía el rostro lleno de lágrimas de su nieta. No escuchó nada más que el unísono sonido de la lluvia, que poco a poco perdía intensidad. Su vista empezó a nublarse, sintió que todo a su alrededor se difuminaba lentamente. De pronto, como si se despertara de un sueño, se encontró caminando con serenidad hacia la estación del tren. Recordó que amaba ir ahí, pues podía visitar al hermoso, imponente y enorme nogal. Se sentó cerca del árbol y apoyándose con todo su peso cerró sus ojos. Sin temor se dejó ir, pues sabía con certeza que ese era su fin.

Isabel Aguilar

HASTA EL ALMA

Todos, en algún momento de la vida, nos hemos preguntado qué es el alma. Alma, acaso son solo dos simples sílabas que forman una palabra. Al-ma: mi lengua empieza un breve viaje hacia mi paladar, en la segunda, mis labios rozan entre ellos y se separan. No es suficiente, sigo con el enigma, qué es el alma. Estoy segura que un niño de primaria me diría que el alma es la esencia de la humanidad. Si me dieran tal definición sería demasiada superflua, una lectura básica de lo que es el alma. No me llena, no me sirve. Estoy acostumbrada a que la gente lea lo más hermoso de la vida de una forma tan burda, vacía, sin profundidad. Son lectores grises, pues leer va más allá de lo que se ve a simple vista. Lo que busco no es una definición, ni un concepto sacado al azar, necesito entender qué es el alma, leída desde lo más profundo del entendimiento humano. No es una labor fácil, pero tampoco imposible. Podría asegurar que mi trabajo en intentar leer el alma para encontrarle su por qué, es tan difícil como leer poesía. Pues leer poesía es un arte complejo, no puede ser entendida por todos, al igual que el alma. La poesía jamás debe ser leída como una simple historia. Esta debe sonar en nuestra mente, debemos gozarnos o sufrir cada palabra, cada sentimiento y emoción que nos provoque.

Desde hace algún tiempo he llegado a pensar que la poesía es tan incomprendida como el alma. Quien escribe poesía sabe lo que escribe, pero quien la lee debe interpretar las ideas que ha querido transmitir el autor, o por lo menos intentarlo. Pasa lo mismo con el alma, no todos logran llegar a la esencia de tan maravillosa fuerza vital. Entonces ¿cómo entender lo que es el alma?, ¿cómo podemos leer poesía y descifrar tan bellas y profundas palabras que se escriben línea tras línea? La poesía y el alma nos hacen ser iguales y a la vez diferentes, no todos leemos de la misma manera. No todos interpretamos lo bello de la vida de la misma forma. Para leer poesía, para leer el alma, debemos ver más allá de lo que nuestros ojos observan, ir aún más allá de lo simple, de lo superficial. Al leer desnudamos

nuestra alma, pues la poesía nos brinda refugio, paz, nos reconforta. La poesía es como el abrazo de una madre en un día nublado, nos hace ver la realidad. Sin embargo, a lo largo del tiempo se ha escuchado decir que la poesía es esotérica, difícil, estilista, opino lo mismo del alma, no es fácil entenderla.

El alma es extrañeza, quién será aquella persona indicada para leernos, para sentirnos, para saber lo que escondemos. Y por el mismo camino se encuentra la poesía. Hoy la poesía no es pura. Autores novatos han fragmentado este arte. Se ha dejado de lado el verdadero significado de las palabras. La poesía debe estar relacionada con la realidad del lector, pero esto no quiere decir que la poesía hable de los problemas diarios del lector, sino que interrogue y responda los enigmas que se plantea cualquier humano. La poesía, no es una cascada sentimental donde se cuenta penas en forma de versos o rima de palabras, mucho menos un medio donde el autor exponga su dominio de vocabulario. Leer poesía es una acción intima, pues este género despierta emociones en nuestro ser. Cuando le encontramos significado a aquel conjunto de palabras las leeremos una y otra vez porque nos produce placer ahondarnos en conocimiento. Esta pequeña pieza artística merece concentración, pero no todos los lectores están dispuestos a llegar al goce que da el leer poesía.

Poco a poco, he ido entendiendo que leer no es solo un verbo, es una destreza, una cualidad que solo pocos logran alcanzarla. Leer nos ayuda a comprender una realidad diferente a la nuestra, es una suerte de viaje hacia otra dimensión. Cuando leemos podemos imaginar y transportarnos a mil lugares distintos tan solo con cerrar los ojos. Al leer poesía volamos sin despegar los pies de la tierra, es un acto mágico y sincero. Difícil, claro está, pero no inalcanzable. Aprendí a leer primero el alma, para leer poesía. Yo leo el alma como una historia infinita de un cuerpo. En cada persona leo algo distinto, por ejemplo, mi alma es frágil como una rama, inmensa como el mar. Mi alma está conectada a la persona que amo, aunque la de él no lo esté a la mía. Mi alma tiene raíces fuertes, nadie las puede arrancar

y si esto llega a pasar, volvería a renacer. El alma es el motor de un cuerpo, pero a su vez es independiente, no es mortal pues cuando se separa del cuerpo ella aún vive. Aprendí a leer el alma de las personas viendo más allá de lo corriente. Analizo, imagino, sueño, tal y como lo hago con la poesía. Que importante es leer para poder entender.

Jessica Padilla

MI GRAN AMOR

"...Y justo cuando estuve
a punto de rendirme
llegaste tú..."
(anónimo)

Si la muerte me sorprendiera, y me diera la oportunidad de llevarme algo, sin duda me llevaría todos los momentos felices que he vivido a tu lado. Tú llegaste a mi vida no para llenar vacíos de amores pasados; llegaste para sembrar un amor diferente, uno real. La vida me había dado la oportunidad de amar, pero esta vez ya no sería un amor efímero, sería uno eterno.

Recuerdo la primera vez que me hablaron de ti, hasta ese momento estaba convencida de que nadie ama a quién no conoce, pero algo en ese pequeño instante me decía lo contrario. El latir de mi corazón era un desenfreno total. Tenía una mezcla de emociones que no podía controlar. No sabía si me invadía el miedo, la angustia o era solo felicidad, pero algo sí tenía claro, y es que la vida me estaba dando una segunda oportunidad de amar.

El tiempo transcurría sin más, y no había día que no pensara en ti. Imaginaba cómo sería mi vida una vez que nos conozcamos. Imaginaba cómo serían nuestras noches. Pensaba en cómo sería reír a carcajadas, pero también en esos momentos donde tal vez lloremos hasta cansarnos y dormir. Imaginaba cómo sería tu esencia, cómo sería tu alma, y cómo sería nuestra vida. En fin, todo de ti cruzaba por mi mente y deseaba acelerar el tiempo y detenerlo justo en el momento de nuestro encuentro.

Meses después y a unos días de aquel anhelado momento, quise verte en una foto, aunque sabía que si lo conseguía nada cambiaría mis ganas de verte de frente y abrazarte. Pero tú, tú sabías eso y ese día jugaste a esconderte y no pude verte. En ese instante comprendí que nuestro encuentro no sería como cualquiera, este tenía un proposito

, y ninguna foto podría arruinar ese momento. Entonces, decidí esperar.

Y así fue, esperé semana tras semana, hasta que una mañana de octubre la noticia de tu llegada por fin se decidió. En ese momento me invadió de nuevo el miedo, pero decidí ser fuerte. Y es que ya no podía comportarme como una niña, o una adolescente; ya no podía pensar solo en mí, ahora seríamos dos, o bueno, tal vez tres, y es que para el día de tu llegada tenía que estar alguien más, alguien que también sería importante para ti.

Entonces el día llegó, y fue un 17 de octubre del 2018 a las 09:53 de la mañana, cuando no podía creerlo, te había soñado por meses y cuando te vi, superaste hasta el mejor de mis sueños. Recuerdo tus manos, tus pies, tu pelo y tus ojos. Tu mirada me erizó el cuerpo, y aún sin que dijeras una palabra, solo verte me era suficiente para comprender el gran amor que había nacido para mí.

Desde ese momento mi gran amor tiene nombre, y les presento, ella se llama Leah. Llevamos dos años y tres meses juntas; me ha enseñado sobre el perdón, sobre el amor incondicional y, sobre todo, me ha enseñado el significado de ser mamá.

Katherine Guerrero

ÍNDICE

Más allá del plan de estudios 7
Introducción por Fabián Guerrero

Vida.....13
Carlos Oñate

Muerte 14
Carlos Oñate

Amapola 17
Valentina Benítez

Amor inolvidable 21
Marjorie Cabezas

Por ella 25
Cynthia Cabezas

El mar 29
Carolina Campaña

Soledad 33
Nathaly Gaibor

Cerca de ti 36
Andrea Granda

La amarga soledad 39
Gisela Guamán

Delirios 43
Alison Llumiquinga

Conexión 47
Raquel Pérez

Ciudad 50
Kevin Pesantez

¿Qué me dices corazón? 53
Alejandra Pilatasig

La luna te dirá 57
Anthony Reyes

Bajo el amor 60
Lenin Salinas Gálvez

Pieza inigualable 64
Jennifer Sandoval

En qué momento 69
Carlos Torres

De piedra estamos hechos 74
María Fernanda Vizuete

Aunque el frío Atlántico nos separe 77
Rafael Astudillo

No sé cuándo, pero siempre es un día menos 82
Anabel Marcillo

Fisuras 88
Paula Espinosa Posso

Efímero 93
Kimberlly Cueva

Fugaz Encanto 96
Álvaro Espinosa

Covid, un suspiro y un respiro 102
Camila Cornejo

En la adversidad 110
Alisson Regalado

Con amor, papá 116
Esteban Pineda

Primera y última 121
Roberto Hidalgo Averos

Ansiada cumbre 126
Nicole Gurumendi

Amor de hiel 130
Leonina Chicaiza

Y el amor ¿Por qué no es amor?.....138
Josuany Castillo

Posesión pasional 143
Byron Díaz Paredes

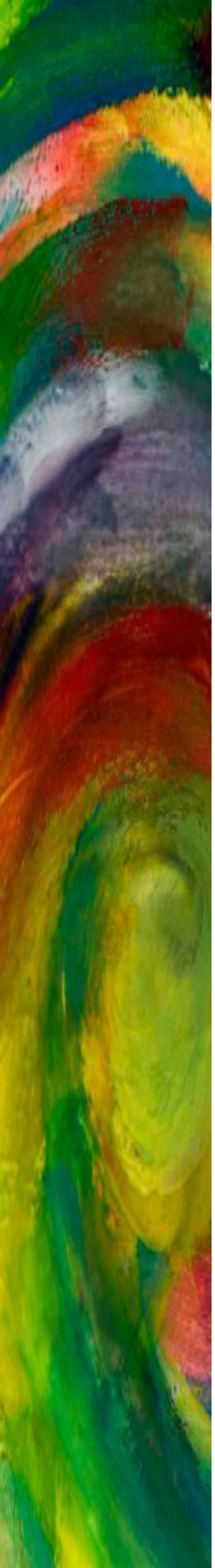
El desconsuelo en un hijo.....150
Edison Fuelantala

El pincel 156
Isabel Aguilar

Hasta el alma 163
Jessica Padilla

Mi gran amor 168
Katherine Guerrero

Los textos anteriores fueron creados por estudiantes
de Escritura Creativa de la Facultad de Comunicación Social.
Universidad Central del Ecuador.
Quito-Ecuador
Marzo 2021



Este número evoca hechos reales que son expresados por personas reales. Se nombran las cosas con boca propia, digamos. Y por eso, suenan y saben y huelen distinto. Y al conducirnos a ver lo distinto nos recuerdan la energía y la belleza de esas vidas, en lugar de sentir que se abre el suelo bajo nuestros pies. Una suerte de imaginación estructurada que trabaja con los materiales vivenciales y lingüísticos de su entorno.

- Fabián Guerrero Obando

ISBN: 978-9942-38-893-3